



*Maja,*  
*anecdotario*

*Maja Poljak de Villegas*





*Maja, anecdotario*



---

*Maja Poljak de Villegas  
(María Vera)*



**(1.a edición, Fondo Editorial El Comercio, 2001)**

**Maja, anecdotario (2024)**  
**© Maja Poljak de Villegas**

**Edición: Alejandra Teijido Villegas**  
**Diseño y diagramación: Homero Herrera**

**Hecho el Depósito de Ley**  
**Depósito Legal: DC2024000247**  
**ISBN: 978-980-18-4095-4**

**Impreso en la República Bolivariana de Venezuela**

## ***DEDICATORIA***

*A la memoria de Cruz, mi compañero de vida, de sueños y de luchas. A mis ocho hijos, protagonistas también de estos relatos. A mis nietos y bisnietos, yernos y nueras, y a todos aquellos amigos y compañeros que contribuyeron a que echara profundas raíces en esta tierra venezolana.*

## ÍNDICE



Maja: Madre en tiempos de revolución, _____	7
por Lenín Aquino	
1943-1946: María Vera, _____	9
por Guillermo García Ponce	
A modo de prólogo, por Jerónimo Carrera _____	12
Maja en la voz de sus hijas e hijos _____	15
De Croacia a Venezuela _____	51
Zagreb _____	57
Sustos _____	61
El colchón _____	63
El director _____	69
Gatos en casa _____	79
La increíble historia de una gata _____	85
La dinamita _____	93
Sucedió en el hotel _____	99
Cosas de Asia _____	103
Ella no habla, pero se fija mucho _____	107
RH Negativo _____	111
Mamma mia... ¡Che bambino! _____	117
El viaje a China _____	125
La cobija _____	129
La comida en Puerto Ayacucho _____	133
La medicina _____	137
Las clases de manejo _____	141

## *MAJA: MADRE EN TIEMPOS DE REVOLUCIÓN*



Cuando leí los primeros capítulos de este anecdotario, volví a los recuerdos de cuando mi padre me llevaba a las asambleas del sindicato petrolero. Mi madre en casa ocultando el multígrafo bajo cientos de mazorcas de maíz, y los gendarmes preguntando: “¿Dónde están los revolucionarios guerrilleros?”.

Han pasado los años y la patria venezolana respira nuevos aires, mejores tiempos. Maja Poljak de Villegas es, de alguna manera, madre de todos nosotros, los que siendo niños vivimos las vicisitudes de nuestros padres que, con dignidad y lealtad, lo arriesgaron todo, hasta la vida, por sus ideales, por sus principios.

Hoy nos toca honrarlos. Sirva pues esta lectura, amena, sencilla y cotidiana, como fiel testimonio de una dura época vivida en Venezuela por quienes abrazaron la causa de la justicia y la lucha por construir una sociedad mejor.

*Lenín Aquino*

Agosto, 2001





## 1943-1946: MARÍA VERA



Conocí a María Vera —el único nombre con el que se le conocía entonces— en 1943, en la redacción del semanario *Aquí Está*. Con este título circulaba desde 1942 el periódico del Partido Comunista de Venezuela (PCV). El gobierno del general Isaías Medina Angarita (1941-1945) había inaugurado un clima de libertades como nunca antes teníamos memoria. De la clandestinidad y persecución, el PCV pasó a una vida pública de semilegalidad. Dejó de publicarse *El Martillo* como órgano oficial desde los duros tiempos de la tiranía de Juan Vicente Gómez, y *Aquí Está* asumió su papel de vocero comunista.

Las mismas oficinas de *Aquí Está*, donde su director Ernesto Silva Tellería tenía su despacho de abogado, servían de lugar de reunión del Secretariado Nacional del Buró Político del PCV, integrado entonces por Juan Bautista Fuenmayor, Ricardo Arturo Martínez y el mismo Silva Tellería. Yo era entonces un muchacho de 18 años que había ingresado hacía poco al PCV. Militante de una célula en la parroquia La Pastora, tenía, entre otras tareas, la de buscar una vez a la semana una cantidad de ejemplares del periódico para venderlo entre los obreros.

Así conocí a María Vera, digo personalmente porque mucho antes había leído sus artículos en las páginas de *Aquí Está*. Eran artículos, más bien reportajes, sobre la lucha de los pueblos contra el fascismo. Hitler había desatado una guerra de conquista del mundo, y sus ejércitos avasallaban Europa. María Vera describía las atrocidades del fascismo y la heroica resistencia de los pueblos. Era lo primero que leíamos cuando abríamos las páginas del periódico. Su estilo era directo y convincente. Conmovía su descripción sobre las hazañas de la guerra antifascista y su seguridad en la victoria final.

Al principio, yo imaginaba que María Vera era una especie de corresponsal de guerra que enviaba los artículos desde un lejano lugar. Un día, al entrar a la oficina de Ernesto Silva Tellería, vi a una joven esbelta, pelo rojizo, casi corpulenta, de alegre semblante, que conversaba con Juan Bautista Fuenmayor y otros dirigentes del partido. Me dijeron: “¡Esa es María Vera”. Me quedé examinándola fijamente con toda la admiración y curiosidad propias de un joven comunista de los años cuarenta. Después supe que era yugoslava y que había llegado a Venezuela en aquellas oleadas que el terror fascista dispersaba por todo el mundo.

De todas las guerras de resistencia libradas contra la ocupación y el terror fascistas, la de los pueblos yugoslavos fue una de las más persistentes y heroicas. Después de la invasión alemana, en abril de 1941, y de la huida del Rey y su gobierno a Londres, el pueblo se negó a rendirse. Se inició una prolongada guerra de guerrillas cuyo héroe y conductor fue Josip Broz Tito. Obrero cerrajero, participó en la Primera Guerra Mundial contra los rusos como sargento del ejército austriaco. Herido y hecho prisionero, fue liberado al estallar la Revolución rusa e ingresó al Ejército Rojo. De regreso a su patria, organizó el Partido Comunista.

Tito y sus guerrilleros no solo tuvieron que enfrentar a las tropas alemanas e italianas, sino también a las bandas de ustachis, al servicio de los fascistas, y a la quinta columna de la vieja monarquía. Al final, Yugoslavia fue liberada.

En 1945, una vez concluida la guerra, yo fui a Londres como delegado de la Confederación de Jóvenes de Venezuela (CJV) al Congreso de Fundación de la Federación Mundial de la Juventud Democrática (FMJD). De Londres pasamos a Praga para fundar la Unión Internacional de Estudiantes (UIE). Allí fuimos invitados por la delegación de Yugoslavia a visitar Belgrado.

Durante el recorrido por los lugares donde se libraron las grandes batallas y los escenarios de la heroica resistencia, visitamos un campo de concentración donde eran cremados los prisioneros yugoslavos antifascistas. Había grandes hornos. En sus cenizas, terrones oscuros y rojizos, se mezclaban los restos de los sacrificados. Me acordé de María Vera. Tal vez allí podían estar restos de algunos de sus familiares o amigos. Tomé un trozo y lo envolví con el mayor respeto.

A mi regreso, hicimos una asamblea de la CJV para rendir informe del viaje. Nuestras oficinas se habían mudado al Pasaje Zingg, en el centro de Caracas. Cuando concluí mi discurso, entregué el terrón oscuro a María Vera y vimos llorar a la recia yugoslava que echó raíces en Venezuela para siempre, leal a toda la vida a sus ideales de juventud.

Guillermo García Ponce

Agosto, 2001

## A MODO DE PRÓLOGO



Al leer estas evocadoras páginas de María de Villegas —o si se quiere, con un poco de formalismo, Maja Poljak de Villegas—, inevitablemente caigo también yo en el pozo de los recuerdos. De esos recuerdos que nos son comunes a tantos revolucionarios venezolanos que aquí pasamos el vendaval de la Guerra Fría, en los años cincuenta y setenta, cuando por órdenes impartidas desde Washington, sus guachimanes Marcos Pérez Jiménez y Rómulo Betancourt cumplían rutinariamente cruentas tareas represivas “en contra del comunismo”.

Recuerdo, por ejemplo, cuando en una célula clandestina nos llegó la información sobre la indoblegable conducta, asumida en una de las cárceles perezjimenistas, de un grupo de presos comunistas que se negaron a firmar un papel “como caución” para poder ser dejados en libertad, y entre esos presos estuvo en primera fila Cruz Villegas, nuestro inolvidable camarada Cruz Alejandro, gran sindicalista de medio siglo de luchas obreras acá en nuestro país y también en las actividades de la Federación Sindical Mundial.

---

Pues bien, del rechazo a semejante claudicación ideológica, que mantuvo bravamente Cruz ante sus carceleros de la llamada Seguridad Nacional, sobrevino para la familia Villegas una dura y prolongada relegación —de Cruz, María e hijos— al para esa época muy remoto Territorio Federal Amazonas.

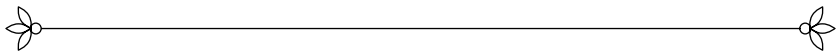
Fue después de la caída de la dictadura, el 23 de enero de 1958, cuando a su regreso a Caracas pude conocer a Cruz y a María, con quienes desde entonces me unió fraternal amistad.

Ahora, leyendo estas líneas de María, que ella ha escrito con tan sencilla como acertada forma de remembranzas muy personales, me doy cuenta igualmente de lo venezolana que es esta extraordinaria mujer. Sin borrarse en ella sus años yugoslavos de primera juventud, María logró integrarse a lo mejor de Venezuela por la vía del internacionalismo proletario. Participando al lado de su marido, primero, y luego junto a sus hijos e hijas, se ha hecho María digna representante de la mujer venezolana y así lo podrán confirmar de seguidas los lectores.

*Jerónimo Carrera*

Agosto, 2001





*Maja en la voz de  
sus hijas e hijos*



## MAJA, UNA MAESTRA SINGULAR



*Alicia Villegas Poljak*

En el centenario del nacimiento de nuestra madre, Maja Xenia Teresa Poljak Bauer, hay muchos temas a tratar. En esta ocasión, quiero referirme en particular a su afán por enseñar y transmitir conocimientos que constantemente adquiría. Y en esto, sus hijos fueron su principal foco de atención.

La modesta vida que, antes de viajar forzosamente a Puerto Ayacucho, llevábamos en el pequeño apartamento construido por nuestro padre en la parte alta de la casa de su papá, el abuelo Juan, ubicada en El Cementerio, fue el escenario de sus clases a varios niños del vecindario. Esto, junto con la venta de heladitos de fabricación casera, le proporcionaba algunos recursos económicos.

Recuerdo que le gustaba jugar con nosotros y me produce mucho placer recordar cómo algunas noches hacía con las manos figuras de animales que se reflejaban como sombras en la pared, en una actividad lúdica similar a lo conocido como “sombras chinescas”.



Hoy se sabe —ignoro si también en aquel momento— la importancia de este tipo de experiencias en el proceso educativo, que permite el desarrollo en los niños de aspectos como la atención, la creatividad, la imaginación y otras de gran incidencia en su personalidad. Sin saberlo quizás, con estos juegos estaba contribuyendo a nuestro proceso educativo y a nuestro crecimiento como seres humanos.

Constantemente atenta a nuestra formación, se dedicaba con afán a enseñarnos y prepararnos, más allá de lo que aprendíamos en la escuela. De allí su insistencia en el dominio de las operaciones matemáticas básicas y de la ortografía, que dominaba a la perfección, a pesar de no ser el castellano su lengua natal.

Cuando aún en las escuelas privaba el deletreo en la enseñanza de la lectura, mi mamá elaboró manualmente, con su clara caligrafía y utilizando una pluma fuente, para el uso de sus hijos, un libro para leer mediante sílabas, lo más avanzado en ese momento. Recuerdo vívidamente sus tapas de color azul marino. Cuando reflexiono sobre el valor que este libro representó, pienso que, con su desaparición en circunstancias desconocidas, perdimos la oportunidad de mostrarlo hoy a sus nietos y bisnietos.

Sirvan estas pocas remembranzas para hacer honor a la memoria de Maja y a lo mucho que con ella, y de ella, aprendimos.

## A MI MADRE, MAJA XENIA POLJAK



*Clara Villegas Poljak*

Escribo estas líneas dedicadas a mi madre en ocasión de la reedición de su *Anecdotario*. Son muchas las vivencias y los recuerdos que nos invaden en estos momentos y nos llevan a reconocer y admirar a esta gran mujer, que llegó a este país con sus padres y su hermana para huir de la guerra. Acá echó sus raíces. Maja tuvo ocho hijos, a quienes sembró la semilla de la solidaridad, el amor a la Patria, la protección y el amor a la familia, la justicia social, entre muchos otros valores y principios.

Cómo no recordar a nuestra madre durante las difíciles situaciones que tuvo que enfrentar en los tiempos de la dictadura del general Marcos Pérez Jiménez, teniendo en ese entonces cuatro niños, ya que papá era un perseguido político y estaba preso en la cárcel de El Obispo y, posteriormente, confinado en el Amazonas. Maja tuvo que tomar decisiones difíciles y radicales que nos llevaron a cambiar de vivienda en varias oportunidades. Cada vez que regresábamos a casa, ya habían allanado nuestro hogar. Esta valiente mujer tuvo que enfrentar múltiples situaciones extremadamente complejas. Cuando a nuestro padre lo trasladaron para el Amazonas, específicamente a Puerto Ayacucho, Maja emprendió el viaje con cuatro niños pequeños.

Hoy, cuando se cumplen cien años del nacimiento de nuestra Maja, no me queda más que agradecerle a la vida por haber tenido a una madre sumamente inteligente, valiente, abnegada, trabajadora y luchadora.

## LA REINA DE MI CARRUAJE



*Mario Villegas Poljak*

Cada sábado llegaba por la mañanita y ella ya estaba allí, sentadita en el porche sobre su silla de ruedas, bañadita y bien arregladita, gracias a la abnegada y amorosa dedicación de Tata. El rostro se le iluminaba cuando me veía llegar. Aquella inconfundible e inolvidable sonrisa era el más grande premio que yo anhelaba y, efectivamente, recibía cada semana.

Bajarla del porche, levantarla en peso y subirla a mi camioneta era toda una odisea. La abrazaba y la elevaba hasta el asiento delantero. Voluminosa como ella era, y flacuchento como siempre he sido, no sé de dónde sacaba fuerzas para alzarla. Pero no era una carga. Era ella.

En el camino hablábamos de todo mientras su mirada se posaba en cada detalle de aquellos paisajes que cada fin de semana se adornaban expresamente para sus ojos azules. No siempre íbamos solos, pero no por eso dejaba de ser la reina de mi carruaje, ante cuyo paso la naturaleza rendía maravillosa reverencia.

Ya en Santa Lucía, encantadora tierra tuyera, retribuía con espontáneas palabras y gestos a todos los amigos que le presentaban respetables y cariñosos saludos. Y cuando, en predios de la antigua Hacienda Morales, subíamos hasta mi parcela, cultivada por los cuatro costados con todos los frutos imaginables, sentía que llegaba al Paraíso. Desde lo alto, contemplaba minuciosamente aquel espectacular entorno natural que nutría su espíritu y activaba su sensibilidad, mientras yo recogía frutas y verduras por doquier.

Muchas veces se quedaba dormida en su silla de ruedas, hasta que emprendíamos marcha atrás, no sin antes pasar por casa de Susana y Rafael, quienes le prodigaban muchas atenciones y sincero afecto. Yo me sentaba con Rafael, Basilio y El Niño a jugar dominó, y ella se arrellanaba en un sillón a esperarme con toda la paciencia del mundo, como si también disfrutara de mi diversión.

Le encantaban las matas, así que pocas veces regresábamos sin alguna que yo le comprara o le obsequiaran los dueños de casa, en cuyo vivero estas abundaban. Sus preferidas eran las trinitarias, hermosas flores de distintos colores que en el camino me encargaba de cortar para ella de empalizadas ajenas, pero siempre a la mano de quien las necesitase. Las moradas eran sus predilectas.

En la nohecita llegábamos de regreso a su casa. Muy cansados, pero muy contentos. Sábado a sábado, repetíamos el mismo ritual y, nuevamente, me oxigenaba con sus sonrisas.

No creo exagerar si digo que esos paseos están entre los más grandes momentos de felicidad que su azarosa vida pudo reservarle. Y yo, sumamente feliz de haberlos disfrutado con mi madre querida.



### *Esperanza Villegas Poljak*

Rumbo al centenario de nuestra Maja, afloran recuerdos que me hablan de su carácter, de su reciedumbre, de su compromiso, de sus principios, de su vitalidad y de su fortaleza física y moral, y también de su modestia, de su paso sigiloso pero firme, de su anonimato y gran sensibilidad. Maja, la mujer de múltiples vidas, la joven que vino a estos lares junto a sus padres y hermana huyendo del nazismo, la periodista, luchadora social, maestra, traductora, madre de una larga prole, esposa y abuela, con todo lo que eso implicaba, roles superpuestos e, incluso, a veces invisibilizados.

Los recuerdos de mi mamá comienzan durante mi niñez en Puerto Ayacucho, cuando aún era la menor de la familia. Nuestra infancia estuvo marcada por la política. Rememoro el tiempo que vivimos en el 23 de enero durante el gobierno de Betancourt; entonces, eran usuales los allanamientos, los tiroteos, y mi mamá nos enseñó a reptar para resguardarnos en el baño (supuestamente, el área más segura del apartamento). También tengo muy fresca la imagen de ella colocando cobijas en las ventanas para “frenar” el impacto de las balas.

Viviendo en el barrio El Cementerio, de niñas jugábamos con unas estolas de pieles que seguramente ella nos proporcionó. Nunca le vi usar alguna. Y ahora, echando hacia atrás la mirada, creo que el desapego a esas estolas era señal o símbolo de su rechazo a la apariencia y a su clase de origen, a la cual, desde muy joven, decidió no pertenecer.

Recuerdo su entereza durante su reclusión en la Digepol, en 1962, cuando estuvo presa por varios días, y nosotros, aún escolares y liceístas, fuimos a visitarla. Nos contó que tuvo que bañarse con leche y, además, ¡le preguntaban sobre su relación con el general Molina Villegas! Quizás no pasó por la mente de esos digepoles que una catora ojos azules podría estar casada con un negro, pobre y comunista oriundo de Cúa.

A pesar de todas las adversidades y privaciones que le tocó vivir, tenía un optimismo envidiable. Solo una vez vi el terror en su rostro, en un carnaval en la Colonia Tovar, cuando unos jóvenes en un jeep recorrieron el poblado disfrazados de nazis. ¡Cuántas imágenes vendrían a su mente en ese momento!

Dejó en nosotros muchas enseñanzas. Ajena a cualquier rasgo o manifestación de xenofobia, no toleraba la burla a los otros idiomas —era políglota— y, además, nos enseñó el derecho a la recreación y al aprendizaje a través de lo lúdico. Siempre la asocio a la canción italiana “O Sole Mío”, que tarareaba continuamente en su rutina doméstica.

Aparte de ejercer el periodismo, Maja incurrió en varios géneros literarios, como la poesía y la cuentística, en el periódico *Aquí Está*, con su seudónimo María Vera, o Vera a secas.

Siempre admiré de mi madre su capacidad resolutive, su entereza, su fino humor, y es para mí una referente del arrojo y el coraje hecho mujer. Ante circunstancias difíciles, siempre me pregunto qué haría ella; a veces, incluso, en un ejercicio prospectivo, me imagino a la Maja de ayer con los recursos tecnológicos de hoy. ¡Cuántas cosas haría y cuáles proyectos emprendería! Heroína de verdad, es el calificativo que para mí engloba todas las cualidades de mi mamá.

## LA SONRISA DE MAJA, UNA ETERNA NAVIDAD



### *Amazonas Tatiana Villegas Poljak*

Cuando los más pequeños éramos los más pequeños (salvo el más pequeño, que era un pequeñín), ansiábamos la llegada de la Navidad. Majita aparecía con una rama seca de aquel inolvidable callejón detrás de nuestro hogar, en la vereda 95 de Coche. Todos corríamos a su encuentro, apresurados para forrar con papel de regalo una lata de leche y preparar con jabón azul y otros aditivos la simulada nieve que cubriría sus nobles ramas. En familia, vestíamos aquel hermoso árbol con campanitas, lágrimas y bolitas de colores, que junto a las luces, se mostraba imponente y radiante. En cada adorno navideño, depositábamos nuestras ilusiones y el anhelo de acariciar aquellos regalos y juguetes que nuestra mamá recibía para los más chiquitos en la Contraloría Municipal del otrora Distrito Federal, donde laboró hasta su jubilación. Sorpresa que procurábamos descubrir cuando la guardaba celosamente en el closet de su habitación. A los más grandes, Majita y papá les ofrendaban detalles que, igualmente, ya entrada la noche en Navidad, yacían alrededor del árbol.



Ya mayorcitos, recordamos la ilusión de Majita junto al viejo de engalanar nuestra casa, embelleciendo sus paredes, rejas, estacionamiento, así como al preparar en familia las tradicionales hallacas, con una melodía de fondo, interpretada por el grupo Miramar, el predilecto de mamá. Con el paso del tiempo, las ramas del arbolito recuperaron su verdor y aquellos coloridos decorados navideños se tornaron en dulce néctar que Majita degustaba, al saber que sus pequeños retoños se abrían paso por senderos de bien, con sus propios logros, con sus propios sueños y convicciones, con su propia familia, con buenos y buenas amigas, y además bailadores, como lo aprendimos en casa.

Con ese mismo paso del tiempo, el árbol se hizo más frondoso, como su abuelitud. Su hermosa ancianidad transcurrió colmada de sabiduría, mimos, cuidados, gratitud y por el inmenso amor que, junto a nuestra descendencia, aún le profesamos. Majita, en cada nuevo amanecer, en el rocío, nos regala la lozanía de su grandeza, su optimismo, la picardía de sus travesuras, su creativo y especial sentido del humor, la quietud del mar a través de su azul e inolvidable mirada, y la sonrisa fresca e intensamente carmesí, que se dibuja en su dulce y apacible rostro, perfumando la vida con olor y sabor a eterna Navidad, que contagia. Mi nietecita Astrid me sorprendió diciendo tener muchas abuelas: Churry, Tata y Majita. ¡Hermoso! ¿Verdad, mami?



*Asia Villegas Poljak*

Frecuentemente hago referencia sobre la historiografía y el boquete en la historia universal (que es más que Europa), que deja al margen de los logros de la humanidad a las mujeres, a ese 50% de la población del mundo. Creo que una de las heroínas desconocidas que hay que reivindicar es a Maja Poljak, María Vera o María de Villegas, como queramos identificarla, para llenar ese boquete histórico con nombres de miles de mujeres semidiosas desconocidas, figuras geniales, en muchos casos vilipendiadas.

Han pasado casi cuatro décadas desde las últimas cartas que nos escribimos Maja y yo. Nunca estuve tan comunicada con ella como cuando teníamos a Eurasia y al océano Atlántico de por medio. Releyendo la hermosa y sencilla relación epistolar de casi ocho años (1978-1986) entre nosotras, descubrí un tesoro de inimaginable valor, donde el papel de reciclaje asumía el coste de papel de hilo. Significó un sabroso insomnio de sonrisas y llantos en la soledad de su compañía, aromatizado con un calientico y sabroso guarapo de café recién colado. Siempre cerraba sus cartas poniéndome un apodo que me regresaba al hogar... Me enseñó su optimismo en los momentos más difíciles y me mostró cómo reírnos de nosotras mismas, siempre con la esperanza de tiempos mejores. Su última década de enfermedades me había desleído su buen humor, sus chistes, sus sarcasmos y su fina ironía.

Cada carta era un cuento de la cotidianidad de mis hermanas y mis hermanos. Las travesuras las relataba con la magia del misterio, y los “chismes” familiares eran asombrosas aventuras de sus hijas e hijos. En una de sus cartas, me cuenta que apenas a sus 20 años, en 1944, se fue de casa de su padre por diferencias con él, antes de irse a vivir con el negro Cruz. Para entonces, ya había recibido una bofetada de su padre, ¡con dignidad, por leer marxismo!

Pero que sea ella quien hable ante tamaña osadía de tratar de interpretarla.

### *Sus anhelos*

La carga del trabajo doméstico, de sus ocho hijas e hijos, el ser también la proveedora del hogar, arremetió con su posibilidad de realizar otros sueños, como por ejemplo, estudiar Medicina o emprender otros estudios.

El 1 de abril de 1979, ya ella con 55 años y mi papá con 62 años, me cuenta:

“En el Concejo Municipal hay actualmente en discusión unas reformas sobre la Ley de jubilaciones. Si aprueban las modificaciones que están en juego, yo podría pedir la jubilación este mismo año. De lo contrario, me tocaría trabajar cuatro años más. (...). Además, no sé si sabes que mi máximo deseo es seguir estudiando, y eso no lo puedo hacer mientras esté aquí todo el día”.

## ***Maja feminista: “No me jubilaré para quedarme en casa”***

En otra de sus cartas, el 27 de febrero de 1981, me escribe, muy seria ella, y luego cierra con alguna de sus ocurrencias:

“En estos momentos hay un movimiento femenino por la Reforma del Código Civil. Tanto en el Concejo Municipal del D. F. como en el Distrito Sucre se posicionaron las concejalas femininas para presionar al Congreso a fin de que se discuta como materia de urgencia las reformas que están allí desde 1969. El 5 de marzo hay una manifestación en ese sentido, y te envío anexo un recorte del periódico 2001 para que veas de qué se trata. ¡Abajo el yugo masculino! (¡¡¡Cuidado con chismes al viejo!!!)”.

Después de jubilada, retomó la pluma de artículos. En esa misma carta, me cuenta: “Me metí otra vez con el periodismo (...). Así que en casa más nadie me dijo que tenía vocación de ‘fregar’. Ahora lo hago cuando tengo tiempo”.

En 1983, escribió un artículo sobre lactancia materna, a raíz de una reunión celebrada en Lima de UNICEF, donde hace eco de denuncias contra las prácticas comerciales de la Nestlé y de otras trasnacionales que comercian productos dietéticos para niños, sobre todo, por promocionar bondades de las leches en polvo en los llamados países del Tercer Mundo. Allí, hace referencia a las condiciones de las mujeres trabajadoras en los países socialistas. Aterrizó su artículo en Venezuela y relata las prácticas comerciales de regalar calendarios y afiches hasta el reparto de potes de leche en las maternidades durante el Día de las Madres.

## ***¡Enamorada siempre!***

El 27 de diciembre de 1978, me escribe:

*“Yo sabía que nosotros nos queríamos mucho (la familia) y tengo la plena seguridad de que aún nos quedan muchos años por delante y serán incontables las noches en que estaremos los tres abrazados”.*

En su biografía, escribe un párrafo sobre Chávez:

*“Otra de las personas que iba a jugar un rol excepcional en mi vida fue el comandante Hugo Chávez Frías, actual presidente de la República, a quien conocí en Tribuna Popular, donde tuve la oportunidad de estrecharle efusivamente la mano. Una fotografía suya adorna mi sala, cosa que no puede decir cualquiera”.*

En una de sus más ocurrentes cartas, hace un inventario de su cartera y enumera cada papel y objeto que en ella había. Leerla era estar allí con ella en casa... Como en este momento, pareciera estar en Coche, conversando en la mesa del patio interno, a la luz de sus ojos claros.

¡Buenas noches, Maja! Descansa, ya amaneció...



*Vladimir Villegas Poljak*

Cada uno de mis hermanas y hermanos tiene su propia historia con mi mamá... todos tienen el común denominador de reconocer en ella a una mujer que tuvo una existencia muy intensa, dura, llena de privaciones, vivencias y silencios que, en gran medida, no pudimos, o hablo por mí, no pude descifrar.

Seguramente ella diría que fui un buen hijo, eso espero, pero no fui un buen periodista. Si algo no me perdono es no haber hurgado más en su historia. Más por falta de valor que de interés. Ella, mujer talentosa, de duro carácter y fino sentido del humor, era un monumento a la sencillez, a la discreción, y era, por ende, muy poco dada a abrir ventanas que la llevaran a momentos de su vida que quizás no quería recordar. Era una máquina para trabajar sin descanso, tanto en sus labores de oficina como Jefa de Archivo de la Contraloría Municipal de Caracas, como en la casa.

Antes de salir a su trabajo, dejaba listo el almuerzo y se tomaba la molestia de escribirnos el menú del día en un pizarrón. Muy pocas veces comimos con ella en nuestra mesa familiar. Comía de última, y casi siempre en la cocina. Leía por último el periódico y, extenuada, se quedaba dormida frente al televisor tomada de la mano de mi viejo y viendo la novela del momento.

Más de una vez, en lugar de ir a la escuela, me iba a su trabajo en la Esquina Principal, donde quedaba la Contraloría. Almorzábamos arepa frita con queso de mano en un pequeño negocio regentado por unos chinos, frente a su oficina. Era una auténtica “bala fría”, y daba tiempo de ir al cine continuado en el Principal a ver a Cantinflas o La India María. Se reía, pero al final terminaba con los ojos cerrados y la boca abierta, por el agotamiento.

Ya jubilada, después de 22 años de labores, la dinámica era otra. Más descanso, por razones obvias, pero siempre buscando algo qué hacer. La recuerdo como voluntaria en la Maternidad Concepción Palacios, apoyando el programa de estímulo de la inteligencia en los bebés, promovido por el doctor Luis Alberto Machado. La recuerdo leyendo libros en alemán, francés y otros idiomas, haciendo las compras en el abasto o en el Centro Comercial de Coche. La recuerdo en los días de Navidad, escondiendo los regalitos para que nosotros, que nunca creímos en el cuento del Niño Jesús, no los encontráramos. Vano esfuerzo, aunque nunca llegamos a abrir alguno de ellos antes del 24... Le tocó bregar con una muchachera rebelde, pero sabía controlarla. La recuerdo cuando me llevaba el regalo a la cama en mis días de cumpleaños y, muy de carajito, cuando me consentía con mi teetero de “Nescao” o Toddy, hasta los seis años, y cuando me arropaba, incluso ya de grandecito. La recuerdo en cada tortilla de pasta, huevo y queso.

La recuerdo en la huelga de maestros, a finales de los 60 o inicios de los 70. Íbamos de noche a la Escuela Gladys Vanegas a llevarles comida, café, o simplemente a hacer presencia solidaria. Nos criamos en un hogar donde la solidaridad era una planta que se regaba todos los días. Ella y mis hermanos la recibieron de su partido, el PCV, cuando el viejo Cruz estaba preso o escondido. Y ambos abrieron las puertas de nuestra casa en Coche para recibir por largos periodos a exiliados y perseguidos por las dictaduras del Cono Sur.

Supé muchas cosas de ella en algunas conversaciones con mi tía Yanka, su única hermana. Entiendo por qué tanta reserva. Su vida estuvo rodeada de guerra, persecución, dolor, sacrificio. Se tragó muchos de sus planes y aspiraciones profesionales para ponerse al servicio de la vida en pareja junto a un hombre que era un verdadero huracán de lucha contra la injusticia. Judía de nacimiento, comunista de convicción.

Mujer de agradable prosa y bella letra, amante de las rancheras y de los chistes “colorados”. Mujer de hierro, pero forjada en la ternura de sus inolvidables ojos y su inacabable sonrisa recubierta con el rojo de su pintura de labios. Su voz es la más melodiosa que jamás haya escuchado. Algunos decían que tenía acento extranjero porque nació en Croacia. Déjense de vainas... Fue la voz que escuché al nacer y que seguiré escuchando en mis recuerdos hasta el último aliento... La de mi mamá...



## MAJA, MUCHO MÁS QUE MADRE Y ESPOSA



*Ernesto Villegas Poljak*

Son tantas las cosas que me asaltan al intentar escribir sobre Maja, mi madre, que exceden con creces los límites de una breve presentación. Por eso, en paralelo a esta segunda edición ampliada de *Maja, anecdotario*, cursa un libro aparte de mi autoría, con pretensiones biográficas, al que titulé *Maja mía*.

Dadas las lógicas restricciones de espacio, y porque las lectoras y los lectores vienen a estas páginas esencialmente a disfrutar de la pluma de Maja, me restrinjo aquí a repasar una idea que esboqué en un artículo publicado en el semanario *Quinto Día*, poco después de su fallecimiento en agosto de 2010, titulado “Maja, mucho más que madre y esposa”.

Allí expuse que Maja, además de haber sido víctima del nazismo, del Pérezjimenismo y de los primeros gobiernos del puntofijismo, también lo fue del machismo. Y es que Maja era mucho más que “la esposa de...” o la “madre de...”, como algunos de buena fe así lo hayan creído. Algo de injusto, confieso, percibí en la noticia sobre su desaparición física: “Murió la mamá de los Villegas” o “la mujer del negro Cruz”.

La verdad es que ella brilló con luz propia. En su natal Yugoslavia abrazó la causa revolucionaria mucho antes de cruzar su vida con nuestro amado viejo, Cruz Villegas, dirigente obrero y campesino del Partido Comunista de Venezuela.

Una vez aquí en nuestro país, adonde llegó huyendo de los nazis y de sus aliados ustachas, Maja ejerció el periodismo con pasión, combatividad y deliciosa pluma, muchísimo antes de que sus descendientes-colegas siquiera hubiésemos nacido. Sus escritos, con nombre propio o bajo el pseudónimo de María Vera, aparecieron en publicaciones como *Aquí está*, *Cruz del Sur*, *El Nacional*, *Tribuna Popular* y *Últimas Noticias*, periódico al cual Maja se incorporó junto con Kotepa Delgado y otros pioneros del periodismo contemporáneo. Varios de sus textos más controversiales fueron compilados por Ramón J. Velásquez en la Colección Pensamiento Político Venezolano del siglo XX, editada por el Congreso de la República en 1987.

Después de su partida, comprendí que sus hijos periodistas, quizá también prisioneros inconscientes del patriarcado, perdimos la maravillosa oportunidad de entrevistarla largo y tendido para hurgar en los detalles de una vida digna de recreación cinematográfica, íntimamente entremezclada con la historia política venezolana y mundial de más de medio siglo. En nuestro descargo debo decir que Maja era reacia a hablar de sí misma, de los avatares de una vida rodeada de restricciones, lucha y dignidad. Un rasgo distinto al de Cruz, quien solía explayarse ante su prole con fascinantes historias de todo tipo, algunas recogidas en entrevistas que mi viejo ofreció con ocasión de sus 70 años.

Maja prefería la máquina de escribir al relato oral. Por eso optó por darnos el “tubazo” ella misma, de su propia pluma, con una serie de deliciosas narraciones recogidas en este libro, *Maja, anecdotario*, cuya primera edición nuestro apreciado amigo Lenín Aquino publicó bajo el sello del Fondo Editorial El Comercio en el año 2001. Gracias a Lenín, quien le dio esa satisfacción en la década final de su existencia, Maja sigue viva en cada lector y lectora que se conmueve y ríe con estos escritos, reeditados aquí para que cada letra sea como un pedazo de ella que vuela sin límite de tiempo o espacio en sus sueños y batallas.

La catira Maja y su negro Cruz se hicieron comunistas cada uno por su cuenta. En el ejercicio de esa perspectiva ideológica asumieron posturas contradictorias entre sí —aspecto desarrollado en mi libro *Maja mía*— y, luego, unieron sus vidas en torno al amor y la militancia por comunes ideales, lo que les costó décadas de sacrificios, discriminación, prisión, tortura y confinamiento.

Ninguno comía niñitos, como propalaba la campaña mcarthista de aquellos años, de donde vienen sus sucedáneas de este tiempo. Muy por el contrario, fueron puro amor hacia la infancia y, en especial, hacia los desposeídos. Ni en los momentos más duros perdieron la ternura, apenas disimulada tras un carácter necesariamente firme.

En aquel fatídico agosto de 2010 le acaricié la cabeza y la besé en el rostro. Sentí la suavidad de su cabello, pintado de rojo cobrizo, y la frialdad de su blanca piel. Tenía 86 años, ocho hijos, un montón de nietas, nietos, bisnietas y bisnietos, dos ojazos verdes cerrados para siempre y mil historias contadas y todavía por contar. He aquí algunas de ellas.



*anec  
dota  
rio*



Maja con su hermana Yanka y sus padres Klara y Milán en Sevilla (1943).



## DE CROACIA A VENEZUELA



Yo nací en Zagreb, en una parte llamada Calle Alta. Al lado de nuestra casa había una casa grande (una especie de palacio) donde el rey Pedro pasaba las vacaciones de verano. Nuestro jardín era sumamente grande: al final se cruzaba la calle y se llegaba a una pista de patinaje, donde todos los días de invierno me deslizaba entre docenas de otros patinadores.

Nunca aprendí a hacer figuras. Ese arte estaba destinado a personas más ágiles y menos gordas que yo. Solo aprendí a correr con los patines, pero algo es algo. En verano, la pista de hielo se transformaba en un lugar para jugar tenis, deporte que tampoco aprendí nunca. Allí me enamoré por primera vez: era un bello catire que me permitía recoger del piso las pelotas y entregárselas en sus manos.

A veces me invitaban al Palacio Real a tomar chocolate, y allí pasé mi primera gran vergüenza cuando un día se me derramó el chocolate sobre un fino mantel bordado a mano.

Una amiga mía y yo, traviesas como éramos, fuimos un día a casa de una gitana que leía el porvenir. Vivía en una parte muy lejana de la ciudad, cerca del río Sava. No cobraba mucho y, según nuestro criterio, valía la pena invertir algo para conocer el futuro. Lo cierto es que la gitana me dijo que yo iba a hacer un largo viaje y que iba a tener muchos hijos. Todo ello se cumplió.

Recuerdo también a Aladar, un primo de mi mamá residenciado en Hungría, que nos visitaba con frecuencia en casa. En esos días, no faltaba nunca el gulash, comida típica húngara que consiste en carne y papas muy picantes, preparación realmente deliciosa que nunca más he vuelto a probar. Aladar era médico obstetra y me dio muchos consejos que después me fueron sumamente útiles. De aquello han pasado ya cincuenta años, y todavía recuerdo aquellas conversaciones con él. Seguramente ya no está entre los vivos, pero siempre lo tendré en mi memoria.

Cuando los nazis irrumpieron en Zagreb de la noche a la mañana, todo pareció haber cambiado. Ya no podía ir a la escuela como cualquier otra muchacha. Debido a mi ascendencia judía, tenía que cargar sobre mi hombro derecho un pedazo de tela amarilla con una gran letra “J”. Era peligroso no cargar esa letra, porque de lo contrario podía ser sometida a los fusiles fascistas. En efecto, mi abuelo Bela fue fusilado por ser judío. Centenares de miles de judíos terminaron sus vidas en los campos de concentración o fueron brutalmente torturados.

Nuestra familia decidió salir de Zagreb y fuimos a parar a una isla llamada Rab. Después estuvimos unos días en Roma y, finalmente, tomamos un barco de refugiados que nos llevó a Puerto Cabello, en Venezuela. En aquella época la travesía era muy larga, creo que duraba alrededor de un mes. En el barco yo paseaba todo el día en la cubierta y observaba las olas del mar que se estrellaban contra el casco.

Una vez en Caracas, vivíamos en San Bernardino en un apartamento alquilado. Todavía recuerdo que en aquella época el alquiler costaba 400 bolívares mensuales.

Yo quería terminar mis estudios de bachillerato, pues solo me faltaba un año. Pero mi papá era muy terco y me obligó a estudiar un curso de secretariado, con mecanogra-



fía y taquigrafía, lo cual después de todo no me cayó mal, porque así hoy puedo escribir muchas cosas sin que nadie sepa lo que estoy escribiendo. En aquel entonces trabajé como secretaria, pero por fortuna al mes me despidieron. Paradójicamente, años después fundé la Primera Academia de Secretariado de Puerto Ayacucho, cuya promoción inicial lleva mi nombre.

En un sindicato de trabajadores conocí a Cruz Alejandro Villegas, quien después llegaría a ser mi esposo y compañero. Un día, él me acompañó a mi casa y después vino todo lo demás. Nos veíamos con frecuencia y, como consecuencia de eso, salí en estado.

Mi primer hijo murió a los pocos meses de nacido, en primer lugar, porque yo no lo sabía atender bien y, además, por una alimentación inadecuada. Yo casi no tenía leche materna, y nuestra extrema pobreza nos impedía adquirir la leche en polvo apropiada para él. Como tantos otros niños en aquella época, murió de gastroenteritis. Después de su breve pasantía por la tierra, reposa en un lugar desconocido del Cementerio General del Sur, olvidado y abandonado por todos. Es una historia realmente triste.

Varios meses después, salí en estado de Alicia. Luego nacieron Clara, Mario, Esperanza, Amazonas Tatiana, Asia Yajaira, Vladimir y Ernesto. A todas estas, nuestra situación económica, sin ser boyante, había mejorado sustancialmente.

Recuerdo que trabajé con el doctor Enrique Agüero Gorrín, a quien varias veces por semana le pasaba unos originales en limpio. Después, Adolfo Olivo Armand me consiguió un trabajo en la recién fundada Contraloría Municipal del Distrito Federal, donde permanecí hasta el momento de mi jubilación.

En 1952, durante la dictadura del general Marcos Pérez Jiménez, la Seguridad Nacional nos visitaba continuamente. Después de las doce de la noche tocaban violentamente en la puerta de la casa y todo el mundo sabía de qué se trataba. Eran varios esbirros que se abalanzaban escaleras arriba hacia nuestra vivienda. Como si hubiéramos estado en la época de la Inquisición, sus primeras víctimas eran los libros de nuestra biblioteca. “Todo eso es propaganda comunista”, decían. Cuando conseguían a mi esposo en la casa, se lo llevaban preso; cuando no estaba allí, me interrogaban durante horas acerca de su paradero. Finalmente lo enviaron confinado al Territorio Federal Amazonas, primero a Maroa y luego a Puerto Ayacucho. Varios meses después yo también viajé a Puerto Ayacucho, donde nos quedamos hasta la huida de Pérez Jiménez.

Desde mi primera juventud, siempre me había gustado el periodismo. Mi primer artículo salió en un semanario israelita. Después salió un artículo en el periódico *Ahora*, luego en *Últimas Noticias* y una vez en *El Mundo*. Trabajé dos años en el semanario *Aquí está*, cuyo director era el finado Ernesto Silva Tellería. En esa época escaseaban las bobinas de papel y, con mucha frecuencia, Juancito –un empleado de *Aquí está*– y yo íbamos en camioneta de un periódico a otro a tratar de conseguir “prestada” una bobina de papel, cosa que casi siempre ocurría. Cuando viví en Puerto Ayacucho fui corresponsal de *El Nacional*. Eran tiempos de censura y, antes de ser enviados a Caracas, mis artículos debían ser revisados por el gobernador del Territorio. Como dato curioso, de vez en cuando el gobernante me aconsejaba incluir tal o cual cosa en mis reportes, para que en Caracas conocieran –y de paso atendieran– los problemas de aquella lejana región.

Hoy, mis tres hijos, Mario, Vladimir y Ernesto, son periodistas, al igual que mi nieta Tatiana. Con excepción de Clara, todas mis hijas son también profesionales.

Pero Clara tiene otras virtudes no menos importantes. Ha levantado una familia de cuatro hijos y una nieta, ha ayudado a su marido en el trabajo y siempre está dispuesta a socorrer a la persona que necesita de sus servicios.

Entre las cosas que yo sé hacer, lo que más me gusta es la taquigrafía. Ella me permite escribir lo que yo quiera sin que nadie entienda lo que digo. Es una verdadera felicidad.

Mi carácter siempre ha sido optimista y, en la peor época de Pérez Jiménez, yo sabía que esa pesadilla algún día iba a tener su final.

No recuerdo en qué año ocurrió lo que voy a contar a continuación. Bajo la dictadura, llegó el día en que no teníamos absolutamente nada para comer. La nevera, aparte de un frasco de agua, no contenía nada visible. ¿Qué iríamos a comer?, pensé para mis adentros. De repente me sacó de mis cavilaciones un golpe en la puerta. ¿Quién podría ser? Yo no esperaba a nadie. Pero el golpe se repitió y yo pregunté: “¿Quién es?”. “Camarada, ábrame la puerta que me manda el partido”, escuché por respuesta. Era un muchacho joven que no pasaba de veinticinco años. Llevaba dos bolsas grandes de mercado que depositó en nuestra habitación. “Perdone el descuido”, me dijo. “Ahora vendré con más frecuencia. El partido le envía los mejores deseos”, completó. No pasaron dos minutos de su partida cuando los muchachos empezaron a sacar las cosas de las bolsas. Había prendas para vestir tanto para hembras como para varones, y lo que era más importante: bastante comida. Mario empezó a danzar frenéticamente alrededor de las bolsas, y Esperanza no se le quedaba atrás. Los demás muchachos los imitaron, escenificando un baile de indios. Si alguien hubiera entrado nos hubiera tildado de locos. La alegría era general y duró muchas horas.

*Maja Poljak*  
Agosto, 2001

Maja y su madre Klara.



## ZAGREB



La casa donde nací, situada en Zagreb, capital de Croacia y segunda ciudad de Yugoslavia, era una edificación de tres plantas, situada al final de la Calle Alta, en la parte más antigua de la ciudad. Al frente, una torre redonda parecida a las fortificaciones medievales hacía alusión a un pasado secular no muy lejano.

En la época de la preguerra –cuando arranca este relato–, aún reinaba en el país la monarquía, y la arquitectura de nuestra casa hacía juego con la del Palacio Real, situado al lado de nuestra vivienda. Allí, el rey Alexander y –luego de ser asesinado este– el rey Pedro pasaban ocasionalmente sus vacaciones. En esas oportunidades solíamos presenciar vistosas paradas militares que le daban la bienvenida al monarca.

Además de la familia real, teníamos otro ilustre vecino: una baronesa muy circunspecta que tenía por costumbre invitar de vez en cuando a niños de “buena familia”, entre ellos a mí, a tomar bocadillos. En aquel entonces, ser invitado por personas de “sangre azul” era un verdadero privilegio, y más de una colegiala me envidiaba por esa distinción. Aún recuerdo la vergüenza que pasé cierta tarde al derramárseme media taza de chocolate sobre un finísimo mantel de encajes, evidentemente tejido a mano. Era una falta a todas luces imperdonable y, por causa de ese infausto suceso, la puerta de la baronesa se volvió infranqueable para mí.

Hasta el día en que los nazis y sus seguidores se posesionaron de la ciudad, vivíamos en la planta baja de la casa, la cual se comunicaba en su parte posterior con el espacioso jardín. Sus dimensiones abarcaban casi una hectárea, y sus veredas, esmeradamente cuidadas, aún perduran en mi memoria. Sus rectos caminos sembrados de piedrecillas blancas, escoltados a lo largo por alegres arbustos, semejaban serpentinatas zigzagueantes recién desplegadas.

En primavera y en verano, después de clases, solía pasear por sus amables senderos. A veces inspeccionaba los tupidos arbustos de grosellas en pos de la codiciada fruta; otras, sacudiendo las ramas del frondoso nogal, me disputaba sus nueces con las saltarinas ardillas que habían convertido el árbol en su permanente morada; o iba en pos del suave olor de los muguetes, esas florecitas blancas, cabizbajas, que con sus graciosas campanillas parecían saludar la entrante primavera; o acechaba en sombreados lugares, escondidas dentro del follaje, las tímidas violetas; o admiraba las flores purpurinas y róseas de las artánitas, hijas de las primuláceas.

Al otro extremo, una puerta de hierro comunicaba al jardín con un gran parque nacional. En invierno bastaba llegar hasta allí y atravesar un angosto camino para toparse de frente con una gran pista de hielo. En las tardes invernales yo salía a patinar sobre la sólida espesura del hielo, al son de los vales de Strauss, transmitidos a todo volumen por un altoparlante. Aunque nunca llegué a desplegar figuras artísticas, como otras jóvenes más ágiles que yo, el solo hecho de correr sobre las filosas cuchillas de acero me producía una inmensa satisfacción.

Muchos años después, recordando las delicias de ese deporte, traté de inculcar a varios de mis hijos el amor por el patinaje. Durante un tiempo fuimos asiduos visitantes de la pequeña pista de hielo artificial que funcionaba cerca del Nuevo Circo, en una edificación denominada Mucubají, posteriormente asiento de la Hemeroteca Nacional. Pero no acostumbrados a las frecuentes caídas sobre la nada suave superficie del hielo, resultó evidente que mi entusiasmo por verlos patinar era superior al de ellos, lo cual trajo como consecuencia que nuestras visitas se hicieran cada vez más distanciadas, hasta que finalmente cesaran del todo.

Un vetusto edificio regentado por monjas era el lugar donde yo estudiaba bachillerato. Para llegar a él había que caminar un largo trecho, dejando atrás el río Sava. Por las mañanas, yo cubría esa distancia a pie llevando en mi bulto un cachito para la merienda. Sin embargo, me lo comía casi siempre en el camino, y cuando llegué a Venezuela me extrañó sobremanera la máxima de que “en la calle no se come”. Durante las gélidas mañanas invernales, cuando el mercurio dejaba muy atrás los cero grados y la nieve caía sobre los transeúntes cual juguetonas motas de algodón, es cuando el cachito, mezclado con los copos de nieve, me parecía más delicioso que nunca. Pese a los negros vaticinios sobre los resfriados que supuestamente me estarían esperando a la vuelta de la esquina, experimento aun hoy un indecible placer cuando una leve garúa cae sobre mi cabeza descubierta y el paraguas continúa sin desplegarse.

Maja y su hermana Yanka.





## SUSTOS



Cuando yo era pequeña recibí dos sustos que no se me olvidarán jamás. En aquella época, cuando los niños tenían las amígdalas muy recrecidas, no las sometían a tratamientos y tampoco las sacaban, y aunque yo tenía poco más de dos años, me acuerdo como si fuera hoy que el médico me abrió la boca, agarró una enorme pinza y las recortó. Un chorro de sangre brotó de mi boca y llenó un envase. Como premio por haberme portado bien, me compraron un inmenso helado, que era lo único que podía comer.

El segundo susto fue el siguiente: en mi cuarto había una chimenea que se alimentaba generalmente con leña, y muy pocas veces con carbón. Yo estaba en una cuna que tenía barrotes, de la cual no podía bajar, y de repente, me di cuenta de que salía un denso humo negro de la chimenea. Empecé a dar gritos, pero nadie me escuchó. El humo se hacía cada vez más espeso y dificultaba mi respiración. Yo llamaba a gritos, pero nadie me escuchaba. Pasó como media hora antes de que viniera alguien y me sacara de la cuna. No recuerdo haber tenido otro susto igual a ese.

Cuando me tocó ir a la escuela, me inscribieron en un plantel privado. Recuerdo que la directora era una señora de apellido Llerand. Tenía una regla bien grande con la cual propinaba reglazos sin contemplación. El que más sufrió sus maltratos fue un muchacho de nombre Iván, que no era muy tranquilo, pero tampoco merecedor del castigo que le infligían diariamente.

Una vez supe que al día siguiente iba a haber un examen muy difícil y yo suplicaba para mis adentros: “Ojalá ocurra algo para que no haya examen mañana”. Y, en efecto, a la ayudante de la señora Llerand –cuyo apellido no recuerdo– se le había muerto un hermano y, en consecuencia, no hubo clases.

Maja con sus hijos Esperanza, Vladimir, Alicia, Asia, Tatiana, Clara y Mario.



## EL COLCHÓN



El silencio era total, la visibilidad nula. La luna, en su cuarto menguante, pugnaba por emerger entre la compacta masa de nubes. Pero todo fue inútil. Era una de esas noches de negros nubarrones y extraños pensamientos. La tormenta estaba latente y podía abatirse sobre la tierra en cualquier momento.

Las luces en el vecindario se habían apagado hacía ya largo rato. Solo una que otra lucecita, enclavada en el cerro, intentaba alumbrar débilmente sus contornos. Unas luciérnagas revoloteaban aquí y allá buscando dónde posarse para pernoctar.

Un rayo repentino cruzó el cielo, alumbrando el tétrico firmamento. Instantes después, un trueno sordo despejó la duda que aún pudiera existir acerca de la inminente tormenta.

Miré con preocupación a Mario, quien por fin se había quedado dormido en su cuna. Nuestro techo era de zinc y cuando las gotas de lluvia caían con furia, producían un verdadero estruendo sobre su endeble estructura; había, además, no pocas goteras que formaban sobre el piso auténticos charcos. Seguro que al arreciar la tormenta el golpeteo sobre el zinc despertaría al niño, a quien tanto le había costado dormirse.

Siempre ocurría lo mismo. Cada vez que le daba gripe o un simple resfriado se le desataba una tos estremecedora; ni jarabes ni ungüentos hacían retroceder esos interminables ataques. No se le notaba la fiebre a simple vista, pero en cuanto le ponía el termómetro, el mercurio parecía enloquecer, deteniéndose poco antes de llegar a los cuarenta grados.

Esa misma tarde yo lo había llevado a la consulta del Dr. Otto Graterol. “Lo que pasa es que el niño tiene las amígdalas muy recrecidas e inflamadas; el pus le baja a los bronquios, y eso le ocasiona una bronquitis crónica”, había dicho el pediatra. “Si el tratamiento que le voy a recetar no mejora esta situación, lo vas a tener que operar. No hay más remedio”.

De regreso, venía yo pensando de dónde sacaría dinero para la operación, en caso de que el tratamiento prescrito fallara. Iba tan ensimismada que no me di cuenta de que una camarada, a quien había conocido hace tiempo, me hacía señas desde la acera de enfrente para que me detuviera. Cruzó la calle y, cuando estuvo cerca de mí, me abordó directamente. “Mire, compañera”, me dijo en voz baja, lanzando su mirada a diestra y siniestra. “Aquí tiene el último número de *Tribuna Popular* clandestina. Léalo y hágalo circular, pero con mucho cuidado”. Enseguida desapareció, dejándome en la palma de la mano un ejemplar de pequeño formato, cuidadosamente doblado.

Recién llegada a la casa, empecé a ocuparme de los niños. Acosté a Mario, le di sus remedios, preparé la cena, recogí sus ropas. “¿Dónde pondré el periódico?”, me pregunté. Sin pensarlo dos veces, levanté la sábana de nuestra cama matrimonial y lo empujé dentro de un hueco que tenía el forro del colchón. Lo leería en cuanto el niño estuviera mejor.

Grandes goterones de lluvia empezaron a golpear las delgadas capas del zinc. La tempestad se desató con todo su potencial devastador. Las pocas luces que aún no se habían

apagado se bamboleaban mecidas por el fuerte viento. En el cuarto, las goteras comenzaron a caer en larga sucesión de hileras, las ollas que tenía en la cocina no alcanzaban para represar la lluvia que irremediablemente se deslizaba a través del techo.

El silencio estaba definitivamente roto. Pero, aun así, desafiando la tormenta y opacando el ruido de los truenos, se oyeron de repente fuertes golpes en la puerta de la casa. Llena de presentimientos, azucé el oído. Volvieron a tocar, esta vez con más fuerza aún. ¿Quién podría ser a esta hora que no fuera una brigada de la Seguridad Nacional? Bramaban los truenos y se encendían los relámpagos, pero por sobre la furia desatada de la naturaleza se escuchaban los golpes cada vez más demoledores y una voz insolente que no dejaba lugar a dudas: “¡Abran la puerta! Somos de la Seguridad Nacional”.

La jauría subió corriendo los escalones de nuestra vivienda. “¿Dónde está su esposo?”, gritaron. “No sé, tiene varios días que no viene por aquí”, respondí. Eran días duros que no admitían debilidad alguna y no era lícito amilanarse ante la adversidad.

Igual que en oportunidades anteriores, haciendo gala de su prepotencia de siempre, los esbirros empezaron a removerlo todo en busca de algún indicio sobre dónde localizar a Cruz, mi esposo. Ni libros, ni estantes, ni rincones, nada escapaba a su furia destructora. De repente, un miembro de la brigada se acercó a la cama. Me acordé del periódico: debí haberlo guardado en un sitio más seguro. El hombre apartó la cobija, estrujó la sábana y se encontró de frente con el hueco del forro del colchón. Cuando el hombre metió brutalmente el dedo en la rotura, me pareció empezar a vivir una película de terror filmada en cámara lenta. Más hondo, más adentro, más y más iba el dedo de aquel esbirro dispuesto a no irse de allí sin encontrar algo comprometedor.

Los segundos pasaban uno tras otro en fatídica sucesión, y era como si cada uno de ellos se alargara durante una prolongación de siglos. Un nuevo empujón y...

Un súbito acceso de tos estremeció no solo a Mario, sino también a todos los presentes. Era, a la vez, una tos convulsa, seca, rebelde y carrasposa que lo hacía proferir ayes lastimosos. Instintivamente nuestras miradas viraron hacia la cuna; el hombre sacó el dedo del colchón y observó al niño. “¿Qué será bueno para esta tos?”, pregunté ingenuamente tratando de desviar su atención hacia otro lado. No recuerdo qué fue lo que me dijo. Pero lo cierto es que dio por concluida la inspección de nuestra cama.

Como quiera que no encontraron nada de lo que buscaban, se llevaron como único “trofeo” media docena de libros de texto de toda índole. Cuando se retiraron, la lluvia afortunadamente había amainado por el resto de la noche. Ya podía ocuparme tranquilamente de mi hijo.

Amazonas Tatiana



## EL DIRECTOR



La puerta de la dirección estaba cerrada. Frente a ella, un numeroso grupo de estudiantes pugnaba por entrar en cuanto el director se asomara por allí. En la medida en que pasaba el tiempo, aumentaban los empujones entre los muchachos. Nadie hacía caso a un letrero pegado sobre la puerta que rezaba tajantemente: “No hay cupo”.

El liceo era una vieja casona destartalada con minúsculas aulas y mobiliario defectuoso. El friso escarapelado de las paredes, con sus manchones desnudos, delataba la antigua construcción de adobe. El piso del patio presentaba quebraduras en varios lugares y era difícil imaginarse cómo centenares de muchachos podían recibir instrucción secundaria en ese largo y angosto corralón.

Sin embargo, debido a la falta de cupos en otros liceos, muchas personas –y entre ellas yo– tenían sus esperanzas cifradas allí. La crisis educacional estaba ya en ascenso, y yo venía a hablar con el director por enésima vez; necesitaba conseguir un puesto para mi hija Amazonas Tatiana, quien debía repetir el tercer año de bachillerato. Ella no quería seguir en el liceo donde le había ido tan mal el año anterior y procuraba conseguir cupo en esa institución, habiendo ya sido descartadas las demás de la zona. Así que al mediodía, en cuanto sonaba el timbre de la oficina donde yo trabajaba indicando el receso del personal, marcaba la tarjeta y salía velozmente para meterme



en la cola de los carritos por puesto. Disponía escasamente de hora y media para llegar a El Valle, intentar hablar con el director y regresar con toda rapidez al trabajo antes de que el implacable reloj marcara las dos de la tarde. En estos casos, mi almuerzo consistía en un perro caliente con su respectivo refresco. Pero eso era lo de menos.

Pareció haber transcurrido una eternidad, hasta que el director finalmente abrió la puerta y asomó su cabeza ya medio calva. Los muchachos se agolparon aún más. La única persona adulta entre ellos era yo. “Señor Director”, se oyeron varias voces a la vez. “Inscribame; ya verá que pasaré todas las materias”, suplicó uno. “Me portaré bien”, prometió otro. “Presentaré el examen en diciembre”, exclamó el tercero. Traté de hacerme entender, pero el bullicio no me dejó. La voz del director sonó autoritaria. “Los cupos están agotados. No hay puesto para los que tienen materias por reparar ni para repitientes. Mucho menos para alumnos procedentes de otros liceos”. Y en cuanto me vislumbró entre la cabeza de los muchachos, rugió con voz estentórea: “Señora, ¿cuántas veces le he dicho que no perdiera su tiempo y no me lo hiciera perder a mí?”. Su cara, que había adquirido un tinte rojizo, denotaba un carácter irritable. “¿No ve cómo está esto?”, continuó más suavemente. “Los estudiantes me tienen loco, los profesores amenazan con no dar más clases, hay demasiados alumnos en las aulas, los salones no alcanzan, los pupitres no sirven... y ahora usted, importunando todos los días. Convénzase de que todo es inútil. No tenemos espacio para nuestros propios alumnos, menos para los que vienen de otros institutos. Por favor, ¡no vuelva más!”. Acto seguido desapareció detrás de la puerta y, por más que los muchachos atisbaran por la cerradura, no la volvió a abrir. En el rostro de todos ellos se dibujó un marcado desencanto. Pero yo estaba resuelta a volver mañana. Y si era necesario, me jugaría la última carta.

El nacimiento de Amazonas Tatiana estuvo rodeado de complicaciones. Por no sé qué razones, resolvimos que esta vez yo daría a luz en una clínica. Mis partos anteriores, exceptuando uno solo, habían tenido lugar en la Maternidad Concepción Palacios. Cuando sentí que no debía esperar más tiempo, un carro libre me llevó directamente del 23 de enero, donde vivíamos en ese entonces, a una clínica ubicada en un ramal de la avenida Urdaneta. Cuando llegué allí, ya las contracciones estaban bastante adelantadas. Rato después me llevaron a la sala de partos, pese a que el médico que me iba a atender no estaba aún allí. Una enfermera inició los preparativos y, cuando el obstetra finalmente llegó, ya el trabajo de parto estaba adelantado, faltando pocos minutos para que naciera la niña. Entre el paroxismo de una y otra contracción, sentí sobre mi abultado abdomen el frío estetoscopio y la voz del médico que murmuraba entre dientes: “El feto está sufriendo... ¡Puje duro! ¡No puje! ¡Abra la boca! ¡Puje ya!”, repetía el partero varias veces. Un rato después, ya Amazonas Tatiana había nacido. Su peso de dos kilos y trescientos gramos era inferior al normal. Luego de la extracción de la placenta me dormí y no supe nada más hasta varias horas después.

Cuando desperté, la niña dormía en una cunita situada al lado de mi cama. A simple vista, exceptuando su bajo peso, no se distinguía en nada de cualquier otro recién nacido. Pero al observarla más detenidamente, me di cuenta de que su sueño era intranquilo y que, tanto el bracito como la piernita, acusaban leves estremecimientos. Y, de pronto, también la cabecita...

Al cabo de unos minutos llegó el médico. “Usted se ve muy bien, señora. Parece como si no hubiera dado a luz”, me dijo esquivando la mirada. “Pero la niña... Mire, yo sé que usted es una persona fuerte que no se va a impresionar

demasiado con lo que le voy a decir. La niña nació con el cordón umbilical doblemente envuelto en el cuello. Eso trajo como consecuencia un probable derrame cerebral. Observe usted las convulsiones que tiene. No creo que se salve. Déjela tranquila. Dentro de un rato le traerán el tetero. Y luego, si quiere, puede darle el pecho”. “¿No será bueno llamar a un pediatra?”, pregunté, una vez repuesta de mi sorpresa inicial. “¿Para qué?”, respondió. “Simplemente, déjela tranquila”. Acto seguido dio media vuelta y se fue.

Procurando calmar mis nervios, intenté hojear una revista. Pero fue en vano: no podía concentrarme en lo que estaba leyendo. ¡Si por lo menos Cruz estuviera aquí! Pero estaba en el Zulia atendiendo un conflicto sindical de grandes proporciones, y ni siquiera sabía que yo había dado a luz.

¿Y si contraviniendo la opinión del médico de todas maneras llamara al pediatra? Empecé a acariciar esa idea y –como se verá más adelante– fue probablemente lo más acertado que hice en mi vida. Toqué el timbre y al poco rato apareció la enfermera. “¿Tienen ustedes un pediatra que pueda venir a la clínica?”, pregunté. “Por supuesto que sí”, contestó esta. “Le agradezco me lo llamen inmediatamente. Es urgente”, exclamé presurosa.

El pediatra se presentó al cabo de veinte minutos. Era un hombre de mediana edad, de baja estatura y cara bonachona. Tenía un aspecto por demás sencillo: solo el maletín característico indicaba su condición de médico. Él mismo sacó a la niña de la cuna y la examinó exhaustivamente. Se veía que era diestro en el manejo de recién nacidos. Mientras tanto, yo le relataba la conversación sostenida con el obstetra.

El médico no abrió la boca hasta terminar el examen. Mi corazón palpitaba angustiosamente mientras esperaba el diagnóstico. Aún hoy me parece oír textualmente sus palabras. “Señora, esta niña no tiene mayor gravedad.

Si le dio un derrame, este fue sumamente leve, pero yo no lo creo así. Fíjese que las convulsiones son de un solo lado. Lo que pasa es que los obstetras saben mucho acerca de mujeres embarazadas, pero poco o nada sobre niños”. Y sacando de su grueso maletín una caja de píldoras, ordenó: “Dele inmediatamente un cuarto de esta pastilla diluida en agua. Repita la dosis cada seis horas. Pero eso sí: es necesario que esta niña sea vista por un neurólogo lo más pronto posible. Y usted... no se preocupe, que pronto estará bien”. Se despidió con una sonrisa reconfortante. Sus honorarios serían cancelados junto con los de la clínica.

¿Para qué narrar el alivio que sentí? ¡Cualquiera puede imaginárselo! De un solo tirón me deshice de la revista que había estado hojeando. Saqué los pies de la cama y, a pesar de incorporarme poco a poco, sentí un leve mareo: algo así como si mi cabeza estuviera dando vueltas en el aire. La enfermera, que me divisó desde lejos, me increpó duramente: “Señora, ¿qué hace allí si apenas dio a luz anoche? ¡Se le van a ir los puntos!”. “Tengo que hacer una llamada urgente”, repliqué.

No recuerdo quién me proporcionó el número de teléfono de Argelia Laya. Lo cierto es que varios minutos después escuché su voz al otro lado del hilo telefónico. Le expuse brevemente lo sucedido y le rogué que me pusiera en contacto con algún médico del Hospital de Niños. “Me voy a ocupar inmediatamente de este asunto”, me dijo. “Espera mi llamada”. Después de darle el número de teléfono de la clínica, colgué la bocina y me fui a acostar. No habían pasado quince minutos cuando la enfermera entró a mi habitación comunicándome que había una llamada para mí. Argelia me dijo lo siguiente: “Mira, acabo de hablar con Antonio García Ponce. Está en este momento en el consultorio número 1 del Hospital de Niños. Él te estará esperando, pero tienes que ir inmediatamente. ¡Te deseo mucha suerte!”.

¡Y vaya que sí la tuve! Me vestí lo más rápido que pude, agarré a la niña tal como estaba, sin cambiarle siquiera los pañales. De todas maneras, mi estado nervioso no me hubiera dejado hacerlo. Dejé mi maleta en el centro de la habitación y cerré suavemente la puerta. Por suerte, el pasillo estaba vacío; me pregunté si la enfermera estaría durmiendo la siesta. Afortunadamente, no me topé con nadie que pudiera reprocharme el hecho de haber abandonado la clínica con la niña en los brazos antes del tiempo prudencial y sin haber cancelado siquiera la factura de los gastos. La intensidad del mareo se fue haciendo mayor. Sentí un nudo en la garganta. ¿Y si alguien me seguía los pasos? Pero nadie lo hizo y, cinco minutos después, estaba indicándole al taxista que me llevara al Hospital de Niños. Habían pasado menos de veinticuatro horas desde el nacimiento de Amazonas Tatiana.

El doctor García Ponce me recibió con gran amabilidad. “Quítale la ropa a la niña”, ordenó mientras auscultaba a otro recién nacido. Pude constatar con horror que Amazonas Tatiana estaba toda sucia: la cabeza aún empegostada de sangre, el pañal empapado, las nalguitas y los pies manchados. ¡Qué vergüenza! “¡Como que no la llegaron a lavar en la clínica!”, exclamó el doctor al verla en ese deplorable estado. Acostada sobre la camilla, Amazonas Tatiana parecía más desvalida y temblorosa aún. Sin ropa, las convulsiones se notaban con mayor intensidad. El médico la examinó minuciosamente y me dijo: “Mira, déjamela aquí. La pondré en manos del mejor neurólogo del país. Vete tranquila y ven dentro de unos días”. Y se encerró en un hermético silencio...

No recuerdo cómo fue mi regreso a la clínica ni qué fue lo que me dijeron. Solo sé que mandé a poner un cable urgente a Maracaibo dirigido a mi esposo, cuyo texto decía más o menos lo siguiente: “Niña hospitalizada; pronóstico reservado”. Cuando Cruz hacía limpieza entre sus papeles de la biblioteca, aún solía toparse con ese telegrama.

El día que me dieron de alta regresé con mi maleta a nuestro domicilio. Los niños estaban jugando frente al edificio, y en cuanto Mario me vio saltó de la alegría y empezó a gritar a todo pulmón: “¡Mamá, saca a la niña de la maleta! ¡Sácala rápido!”. Le costó trabajo convencerse de que no la había traído conmigo.

Ansiosos por conocer el estado de salud de nuestra hija, llamábamos diariamente al Hospital de Niños. Aún no la dejaban ver y siempre nos respondían: “Está en observación”. A todas estas, Cruz, tras recibir el cable, había viajado urgentemente a Caracas, embarcándose en el primer avión con puestos disponibles. Al tercer día después de mi salida de la clínica, fuimos ambos a verla. Juntos subimos a la sala de hospitalización de la sección de Neurología. Empezamos a buscar a Amazonas Tatiana con la vista, examinamos cuna tras cuna y no la conseguimos. Alarmada, fui en busca de la enfermera, quien exclamó: “¿No la ve, señora? ¡Si está aquí mismo!”. ¡Y cómo la iba a reconocer con lo cambiada que estaba! Sus mejillas, antes pálidas y hundidas, se habían tornado llenitas y sonrosadas. Dormía tranquilamente en su cuna con los dos puñitos en alto, exhibiendo una plácida sonrisa.

Estábamos contemplándola absortos cuando entró el neurólogo tratante. “La niña está muy bien”, nos dijo. “Hasta aumentó de peso. Afortunadamente no tenía lo que nos imaginábamos. Pueden llevársela”. Y añadió: “Eso sí, me la traen dentro de un mes para un chequeo. Y el tratamiento que les voy a indicar lo van a seguir al pie de la letra”. Acto seguido sacó del bolsillo de su bata un formulario de récipes y anotó en una hoja las medicinas que debíamos comprar.

Llenos de asombro y de alegría, retornamos con ella al hogar. Los niños la recibieron con júbilo, aunque no venía ciertamente “en la maleta”, como Mario se lo había imaginado.

Seis meses después encontré –por casualidad– al médico obstetra que me había atendido en la clínica. “¿Y la niña?”, preguntó timorato. “Está muy bien”, contesté con una amplia sonrisa. “¡¿Cómo va a ser?!”, exclamó sorprendido. “Tráigamela un día al consultorio para verla”, pidió.

Una semana después le puse su mejor vestido: la tela era de color celeste con faraladitos de vichí azul y blanco. Le anudé en el pelo una cinta blanca y le puse sus zapatos nuevos. El vestido no tenía mangas sino tirantes, y dejaba al descubierto la redondez de sus hombros. La carita redonda irradiaba un aspecto alegre y saludable. “Doctor, aquí está la niña. Usted me dijo que la quería ver”, abordé al médico. Él le echó un vistazo y bajó la mirada avergonzado. “Está preciosa, realmente preciosa”, murmuró.

Todos estos hechos los venía recordando mientras esperaba el transporte que me llevaría al liceo. Estaba decidida a entrevistarme con el director, y esta sería definitivamente la última vez. Una muchedumbre de estudiantes, más numerosa que la anterior, esperaba impacientemente que el director abriera la oficina. Yo, por mi parte, me abrí paso a codazo limpio hasta llegar a la primera fila, quedando ubicada exactamente frente a la puerta. Empecé a tocar sin contemplación, mientras sentía sobre mí las miradas desconcertadas de los muchachos.

“¿Qué ocurre?”, gritó el director desde adentro, asomándose apenas. “Soy yo”, contesté. “No vengo a pedirle cupo, sino a contarle algo que usted debe conocer”. El director vaciló un instante y, luego, abrió la puerta de par en par. Me

invitó a entrar y a tomar asiento. “¿De qué se trata?”, preguntó. Yo empecé a hablar. Le conté sucintamente toda la historia del nacimiento de Amazonas Tatiana y de su posterior recuperación. De los esfuerzos que habíamos hecho para que todo saliera bien. De los años de lucha que le habíamos dedicado a su salud. Me escuchó atentamente y no me interrumpió ni una sola vez.

Terminé mi relato diciéndole lo siguiente: “Fíjese, profesor, nosotros aspirábamos a que la niña terminara el sexto grado; sin embargo, ya está en tercer año de bachillerato. ¿Usted no le podría dar una oportunidad para continuar?”.

El director se levantó bruscamente. “Deme sus papeles”, dijo extendiendo simultáneamente la mano. “Yo no le puedo prometer nada. Ya usted sabe cuál es la situación de este liceo. Sin embargo, véngase pasado mañana. Cerca de la entrada estará en la pared una lista con los nombres de los nuevos alumnos admitidos. Serán muy pocos, por cierto. Si el nombre de su hija aparece allí, tendrá su cupo asegurado. Si no es así, le ruego no vuelva más”. Le di las gracias y me fui.

Dos días después, mientras abordaba el carrito por puesto, mis dientes castañeaban sin cesar. Sentía los nervios a punto de estallar. Al llegar al liceo, busqué de inmediato la lista. Leí los nombres uno por uno. Y llegó el momento en que no pude creer lo que veían mis ojos: Amazonas Tatiana, hoy licenciada en Educación, egresada de la Universidad Central de Venezuela, estaba en el sexto lugar.





## GATOS EN CASA



Igual que en la mayoría de los hogares de la gente común, en el nuestro nunca faltaban problemas. Grandes, pequeños o medianos, se encogían o estiraban según las circunstancias del momento. A veces se reproducían de la noche a la mañana cual rastrojo después de la lluvia; otras, empequeñecían por temporada para luego saltar en forma inesperada a su dimensión habitual. Esa era la vida de todos los días.

Pero por encima de estas reflexiones, jamás pensé que en un momento determinado la causante de mi mayor desdicha llegaría a ser... una vulgar pareja de gatos. Voy a contar esta historia poco usual que pondrá al descubierto cómo un par de felinos, aparentemente inofensivos, pudo estropear la paz de nuestro hogar durante un largo período.

El primer ejemplar gatuno, objeto de este relato, no se instaló en nuestra casa de golpe y porrazo. Se fue acercando poco a poco, encaramándose sobre el muro que bordea nuestro patio. Su espléndido pelaje negro no era el de un gato cualquiera y sus grandes ojos verdes perforaban la oscuridad cual inmensas luciérnagas. Poco a poco, y haciendo gala de infinita paciencia, fue despojándose de su recelo hasta que un buen día, sin más ni más, aterrizó en nuestra cocina. Sin mucho preámbulo, el gato llegó a formar parte inseparable de nuestra comunidad.

Por lo general, y aparte de un episodio que contaré más adelante, no tuvimos mayores quejas de él. Ciertamente dejaba parte de su pelaje sobre los muebles de pana, adquiridos hace varios años con bastante sacrificio. A él le gustaba la comodidad y, después de todo, el cepillo hacía el resto. El verdadero problema surgió cuando este espléndido felino resolvió mudar a nuestra casa una horrible gata gris que nos inspiró repugnancia desde que la vimos. Era gorda, fea y panzuda, y sus ojos irradiaban una expresión ostensiblemente maligna. Al principio asomaba su figura deforme desde lo alto de la escalera, rondando aquí y allá sigilosamente. Pero bien pronto perdió los escrúpulos y se instaló entre nosotros con todo el desparpajo imaginable. Llegó el aciago día en que advertimos que su ya de por sí rechoncha figura había aumentado de tamaño, especialmente la barriga. “Esta gata está preñada”, comentó uno de nuestros hijos. “¿Qué vamos a hacer con los gaticos?”, preguntó otro. Me encogí de hombros, pero en mi fuero interno maduraba la respuesta.

Durante su preñez, cuya duración parecía no tener fin, la gata se volvió insoportable. Los intentos de agarrarla, meterla en un saco y botarla al otro extremo de la ciudad, fallaron una y otra vez. Su agilidad para correr disminuyó, pero aún resultó superior a la nuestra.

En lo que la gata percibía movimientos en la cocina, un *miau-miau* desgarrador empezaba a herir el silencio. Una vez consumidas las sobras que le echábamos en abundantes cantidades, reanudaba su sostenido maullido, exponiendo nuestros nervios a una dura prueba. Resultaba imposible alejarla por largo rato, y en un santiamén regresaba furtivamente a la cocina.

Las horas más traumáticas eran las del mediodía. El solo hecho de colocar el mantel sobre la mesa la ponía a la expectativa. Tanto Cruz como los muchachos querían almorzar de prisa; unos porque no habían desayunado y otros porque debían estar a determinada hora en la universidad o en el liceo. ¿Y qué ocurría? Que por más apuro que tuvieran los demás, había que servirle primero su ración al gato. De no hacerlo así, ninguno de los comensales hubiera podido comer tranquilo. Pues, en cuanto la gata veía a alguien con un plato de comida delante de sí, se paraba en sus dos patas traseras y rasguñaba los pantalones o las medias de nylon de quienes habían osado almorzar antes que ella. En esos casos, con el sostenido miao-miao, imposible de mantener a raya, se mezclaban también los ayes de los rasguñados.

Así las cosas, mi pretendido equilibrio mental empezó a flaquear visiblemente. Comencé a hilvanar contundentes ideas de venganza. ¡Ya verá esa condenada gata lo que le va a pasar si cree que nos va a amargar la vida indefinidamente!

En un nuevo episodio, el culpable fue el gato, ordinariamente tan sumiso y tranquilo. Había llegado a Caracas una dama de nacionalidad alemana, alta dirigente del movimiento sindical de su país. Traía un recado para mi esposo y ambos convinieron en encontrarse en nuestra casa. El día escogido, todos nos pusimos en movimiento. Unos sacudían los sillones (¡ese horrible pelero gatuno!), otros arreglaban la cortina, yo hacía volar la pulidora sobre el piso recién encerado. Los muebles estaban dispuestos simétricamente, los estantes de madera con sus libros y adornos brillaban, los cojines observaban un orden casi militar. Aparte de que nuestros muebles, a fuerza de uso, exhibían lugares algo desteñidos, todo estaba irreprochable. Por la ventana abierta de par en par, un raudo aire fresco, precursor del atardecer, jugueteaba a inflar el translúcido cortinaje. Ya solo faltaba la llegada de la ilustre visitante.

Eran casi las siete de la noche cuando finalmente sonó el timbre. La señora saludó muy amablemente a todos, y Cruz la invitó a pasar a la sala. Se sentó en la butaca grande, justamente debajo de la ventana. La conversación fue haciéndose muy amena, intercambiando ambas experiencias comunes en sus respectivos campos de acción. Poco rato después, Esperanza trajo una bandeja de mini-sándwiches, preparados con todo esmero, y la puso sobre la mesita del centro. ¡Y allí estuvo la falla!

Hasta ese momento, y pese a nuestros temores, ninguno de los gatos se había acercado allí. Tampoco el perro que, a la sazón, vivía con nosotros y que, pese a todos los vaticinios, se llevaba muy bien con los felinos y hasta jugueteaba con ellos.

Pero parece ser que el delicado olor del Torondoy, los tiernos efluvios del salchichón y el aroma dulzón del jamón ahumado resultaron demasiado tentadores para el olfato del gato negro. La cortina se movió repentinamente y, ante la consternación de todos, el gato se lanzó en picada desde la ventana, yendo a aterrizar directamente sobre el regazo de la asustada dama, quien no pudo reprimir un grito de terror. Nuestras mejillas palidieron y nuestros labios enmudecieron al unísono, mientras la manida súplica de ¡Tierra trágame! no llegó a surtir ningún efecto.

Una vez repuesta del susto, la señora se reconcilió con el gato y hasta elogió su negra melena y sus grandes ojos verdes. Pero a partir de ese momento, mi sed de venganza se extendió también hacia ese felino tan impertinente que aquella tarde nos hizo tan mala jugada. Sin embargo, aún irían a suceder muchos y variados acontecimientos antes de que pudiéramos librarnos de la nefasta pareja.

Esperanza, Clara y Alicia.



## LA INCREÍBLE HISTORIA DE UNA GATA



### *Acto I*

El gato negro que tenemos en casa incorpora a la familia una costilla a todas luces embarazada. Se instalan prudentemente cerca del tanque de agua, a lo alto de la casa, para no molestar mucho. El gato negro baja de vez en cuando a la cocina en busca de comida. En lo que nuestros hijos ven que hay una gata embarazada allá arriba, no falta quien le lleve hasta allá algo de comer. Esto, por supuesto, no delante de mí, pues no sabía cuál iba a ser el epílogo. Lo cierto es que ambos cónyuges se portan muy decentemente y no hay nada que decir de ellos.

### *Acto II*

La gata da a luz tres gaticas, todas hembras. Por supuesto que esto último se establece después de que su tamaño ya permite un examen clínico.

Mientras están chiquitas, permanecen allá arriba y tampoco molestan. Pero, poco a poco, las gaticas empiezan a bajar cautelosamente, primero uno y dos, después tres y cuatro escalones, hasta que un buen día aterrizan directamente en la cocina. La madre no se podía quedar atrás y el padre, el gato negro, ejerciendo la patria potestad que todavía no le había sido arrebatada, también se instala en el mismo lugar. Llega el momento en que es imposible entrar a la cocina sin pisar dos o tres rabos simultáneamente.

### *Acto III*

Por todos lados se oyen maullidos. Sin embargo, la más fastidiosa es la gata, la madre, que se instala definitivamente en la cocina. De vez en cuando visita la parte baja de la mata de mango, que le sirve de sanitario. Cuando la gente está comiendo, se va para el comedor y empieza a rasguñar a todo el mundo. Es insaciable comiendo. Las gaticas comen y maman todavía.

### *Acto IV*

Ya los gaticos están grandes y la situación se torna insostenible. Hay que empezar con la botadera. Un buen día me llevo al primero. Cruzo la Avenida Intercomunal de El Valle, y antes de ir al trabajo y agarrar el carrito, suelto la bolsa plástica desde cuyo interior me venía rasguñando el gato. Okey, ahí va el primero.

### *Acto V*

Mi hija Esperanza está estudiando para los exámenes. Hay varios muchachos estudiando con ella. Un poco para ayudarme, le dice a uno de ellos, Alexis (quien tiene carro), que se lleve a uno de los gatos y lo bote por allí. Alexis, muy servicial, le dice: “¡Cómo no! ¡No faltaba más!”. Lo metemos en la bolsa de plástico y, en cuanto Alexis llega a la esquina, suelta al gato (dizque le daba pena, pues la gente lo estaba viendo y oyendo chillar al gato). A la media hora, el gato se presenta nuevamente en la casa. ¡Vaya ayuda!

### *Acto VI*

Quedan, entonces, dos más. Me los llevo en dos viajes consecutivos.



## *Acto VII*

Ya no huele a gato chiquito. Era una fetidez fastidiosísima que se le metía a uno por las narices. Pero la gata madre está más fastidiosa que nunca. De la cocina al comedor, y viceversa, molestando a todo el mundo. En lo que percibe movimientos en la cocina, un desgarrador *miau-miau* rompe el silencio. Una vez consumidas las sobras que le damos en abundantes cantidades, reanuda su sostenido maullido, exponiendo nuestros nervios a una dura prueba. Es imposible mantenerla alejada de la cocina. Las horas más traumáticas son las del mediodía. ¿En qué otra familia, que no fuera la nuestra, se le sirve comida primero al gato y luego al dueño de la casa? De no hacerlo así, ninguno de los comensales podría comer tranquilo, pues en cuanto la gata ve a alguien con un plato delante de sí, se para en sus dos patas traseras y rasguña pantalones, faldas, medias o la piel del pretendido comensal. En esos casos, a los *miau-miau* se les suman los ayes de los rasguñados.

La gata, por lo demás, no se deja agarrar, porque tiene unas uñas filosas, horribles. ¿Cómo salir de ella? Eso se convierte en un problema de Estado, porque la perspectiva es que vuelva a salir embarazada. ¡Ese gato negro tan bonito que es y qué gusto tan malo tiene! Mi pretendido equilibrio mental comienza a flaquear. Esa condenada gata no nos va a amargar la vida indefinidamente. Mi imaginación trabaja, pero no encuentra salida.

## *Acto VIII*

Por fin, concibo un plan diabólico. Mario, nuestro hijo mayor, está trabajando los sábados y domingos en un apartamento anexo a nuestra casa, donde antes vivían alquilados unos argentinos.

Siempre trae un muchacho que lo ayuda, familiar de Norma, su esposa. ¿Podrían ellos llevársela?

## *Acto IX*

La gata no se deja agarrar. Se aplican toda clase de técnicas, pero todas fallan. Rasguña como el demonio, amenaza con los dientes, etcétera. Voy a tener que aplicar el plan diabólico de verdad.

## *Acto X*

En el mercado venden morcilla andina. Es una morcilla que viene en forma de salchicha, pero es negra y trae pedacitos de arroz. Es muy sabrosa, pero esta vez no la compro para nuestro consumo, sino para llevar a cabo el plan diabólico.

Un domingo, bien temprano, abro la salchicha (perdón, la morcilla) y le introduzco seis pastillas calmantes. Los pedacitos de arroz disimulan la cosa. La idea es ponerla boba para poder agarrarla. La gata se come la morcilla y también las pastillas. Todo marcha según mi plan.

## *Acto XI*

La gata me mira con unos ojos raros y empiezo a tomarle miedo. De repente no le funcionan las patas de atrás y el trasero se le va meneando de un lado a otro. Me está viendo con unos ojos acusadores. Es lo único que le funciona bien. Por lo demás, parece toda desquiciada. Anda como borracha y no gobierna las patas ni buena parte del cuerpo. Las patas se le enredan y a cada rato se cae.

## *Acto XII*

Es hora del almuerzo, más o menos las tres de la tarde. La gata, como pudo, se había montado en una silla y allí permanece profundamente dormida. Están comiendo Cruz, Mario y Manuel, el muchacho que lo ayuda en los trabajos del apartamento. Yo le digo: “Mario, aprovecha ahorita que la gata está profundamente dormida para meterla en el saco que está preparado”. Embuste. No era ningún saco, sino una funda vieja. Él, con terquedad, dice: “Mamá, espere que terminemos de comer”. “¿Y si se despierta antes?”, le digo. “No se va a despertar”, replica él.

Los tres caballeros continúan comiendo y llegan al postre: una deliciosa ensalada de frutas. “Ya terminaste de comer, Mario. Aprovecha ahora”, le digo. “Espera que terminemos de hablar”, contesta él. Y pasa una hora más.

“Bueno, ahora sí”, dice Mario, después de haber hablado sobre lo humano y lo divino. En lo que él y Manuel se levantan de la silla, la gata se despierta y corre por la escalera hacia el techo. Se oyen lamentaciones. “Vamos a buscarla en el techo”, dice Mario llevándose la funda. Nada. La gata vino a aparecer tres días después, tras un largo y prolongado sueño.

### *Acto XIII*

Ocho días después. Es domingo. Mario y Manuel conversan. “No puede ser que dos hombres no podamos con una gata. Hoy sí la llevamos”, aseguran. Yo suspiro con una gran frustración. No creo en lo que dicen. Pero ellos insisten y dicen que le tirarán una cobija encima, la meterán en una caja y después en la maleta del carro. Okey. Yo espero. Preparo la caja y el mecate. Cruz colabora en el asunto. Al cabo de una hora me llaman y dicen: “La gata está en la caja”. Cruz tercia en el asunto: “Déjame traer más mecate y así estará más segura”. Empiezan a amarrar la caja nuevamente, y en eso... la gata abre la caja por la parte de abajo y se escapa.

### *Acto XIV*

Un mes después. La gata se pasea tranquilamente en la cocina. Ya nadie se mete con ella. Pesa como cinco kilos más y está feísima. Parece una inmensa pera. Está embarazada y para mí que le faltan pocos días. Ya Mario se ha mudado a su nueva residencia, pero tiene un problema: un molesto roncito reside en su cocina. Se ha llevado al gato negro hasta allá, pero el muy sinvergüenza (el gato) no quiere quedarse. El ratón continúa en la cocina. Mario viene a ver a nuestra gata y le observa la barriga. “Ya falta poco”, dice. “En lo que la gata dé a luz, me llevo los gaticos para allá”.

Maja y Cruz en la biblioteca de su casa en Coche.



## LA DINAMITA



Nuestros hijos, cuando pequeños, no eran mejores ni peores que otros niños de su edad. Corrían, se peleaban, rompían cosas, gritaban y hacían todo tipo de travesuras. Al romper la barrera de lo soportable, no había más remedio que enseñarles la correa y amenazarlos con ella. Estaban en conocimiento de que la utilizaba solo en rarísimas ocasiones. Así y todo, su sola presencia surtía un efecto convincente y, aunque este no duraba mucho tiempo, por lo menos servía de tregua.

En las ocasiones en que las travesuras subían de tono hasta hacerse inaguantables había que aumentar las medidas represivas. En esos casos no había más alternativa que amenazarlos con contarle sus malcriadeces al padre, estuviera este preso o permaneciera en casa, lo cual ocurría muy raras veces durante la tiranía de Marcos Pérez Jiménez. No era ciertamente una medida pedagógica, pero daba bastantes resultados.

Pensándolo bien, aun hoy me pregunto quién de ellos cometió la imprudencia de sacar de una cajita azul un tampón higiénico y esconderlo entre los libros de nuestra escuálida biblioteca, con las consecuencias que se verán más adelante.

Hoy en día, los tampones vaginales son muy conocidos por todos. Se trata de un tubo de cartón, apenas más grueso que un dedo, en cuyo interior se encuentra un algodón muy comprimido. De uno de los lados cuelga un cordel de aproxi-

madamente 10 centímetros de largo. En la época en que la dictadura estaba en su apogeo, era un artículo poco usual y para la mayoría de los hombres desconocido.

El hecho de que nuestra biblioteca estuviera escuálida merece una explicación. En realidad, no siempre fue así. Éramos muy pobres y nos faltaba de todo, pero teníamos libros en abundancia. Las publicaciones que poseíamos eran nuestro orgullo. Autores venezolanos, novelas de la literatura universal, obras clásicas y tomos de filosofía, como también diccionarios en varias lenguas, colmaban los rústicos estantes de nuestra casa.

Pero nuestros libros tenían un gran enemigo: los esbirros de la Seguridad Nacional. El número de volúmenes fue decreciendo en la medida en que la fuerza bruta violaba nuestro hogar.

Hasta que ocurrió lo que voy a contar. Los funcionarios policiales nos habían visitado por lo menos seis veces. Sus incursiones eran siempre nocturnas: al filo de la medianoche. La puerta principal amenazaba con ceder bajo sus golpes y patadas. El trato salvaje y las palabras conminatorias eran pan de cada día. Y después... ¡esas brutales revisiones! Todo lo volteaban y echaban abajo frente a los niños, cuyos ojos reflejaban consternación y asombro. Como quiera que no encontraban nada que pudiera justificar sus atropellos, se ensañaban contra los libros tirándolos al suelo sin miramientos. De paso, hacían gala de una ignorancia monumental: “¡Todos estos son libros comunistas!”, gritaban a todo pulmón. Y siempre se llevaban decenas de textos de la más diversa índole.

Cuando, finalmente, acababan por irse, todos estábamos conscientes de que en cualquier momento volverían a la carga. Era solo una tregua. Pocos días después golpearían

nuevamente la puerta con sus rabiosos puños, haciendo sobresaltar a niños y adultos inmersos en el sueño.

Esta vez se repitió la misma escena. Un furioso tropel de hombres armados se abalanzó escaleras arriba rumbo a nuestra humilde vivienda. Era evidente que ya conocían el camino. “¿Dónde están las armas y la propaganda comunista?”, rugieron en coro. El grupo estaba formado por media docena de hombres jóvenes. Solo uno de ellos aparentaba tener más de cincuenta años. “Aquí no hay armas ni propaganda comunista”, dije encogiéndome de hombros, a sabiendas de que era inútil tratar de disuadirlos. “Pues sí debe haberlos y bastante”, exclamó uno de ellos con voz enfurecida. Y sin esperar más respuesta, voltearon los pocos muebles que había en la casa. Removieron los colchones, voltearon las sillas patas arriba, tumbaron la mesa, desabrigaron a los niños y, finalmente, se acercaron a los restos de nuestra empobrecida biblioteca.

“Aquí debe estar lo que andamos buscando”, vociferó un miembro de la brigada con la mirada llena de odio. “¡Aquí deben estar los volantes subversivos que atacan a mi general!”, exclamó otro. Pero ni los volantes que atacaban al general ni la propaganda comunista aparecían por ninguna parte.

De pronto, surgió a la vista el inofensivo tampón sanitario que mencioné al principio. En cuestión de segundos sentí un rubor intenso cubrir mis mejillas. Pero más rojo aún, aunque por motivos diferentes, se puso el esbirro que lo divisó. “¡No toquen! ¡No toquen!”, gritó desaforado. “¡Vengan todos para acá!”. El resto de los policías, que a la sazón estaba revolviendo el otro cuarto, no tardó en presentarse corriendo. “Llamen inmediatamente otra patrulla y que vengan los técnicos en explosivos”, gritó otro, tras observar el inocente objeto. “No se acerquen. Esto puede estallar en cualquier momento”, añadió nervioso.



Entonces el más viejo de los perezjimenistas agarró a uno de los jóvenes por el brazo, tratando de decirle algo. Pero este no le hizo caso. “¿Qué vas a decir tú?”, vociferó el otro despectivamente. A todas estas, sentí sobre mí una mirada de inteligencia. Pese a lo tenso de la situación, no pude sino sonreír.

El mayor de la brigada volvió a hacer grandes gestos pretendiendo hacerse entender, pero fue nuevamente apabullado.

A prudente distancia, los hombres habían hecho un semicírculo alrededor del “peligroso” artefacto, contemplándolo con ojos desorbitados. Situación que aprovechó el cincuentón para llevarse a la fuerza a uno de los jóvenes a la habitación contigua. Varios minutos después, los dos hombres llamaron al grupo restante. Tras una breve conversación en voz baja, se retiraron uno por uno cabizbajos y silenciosos. Fue la única vez que no se llevaron nada.

Maja y Cruz durante un viaje a Yugoslavia.



## SUCEDIÓ EN EL HOTEL



“¿Recogiste todo?”, preguntó Cruz por enésima vez. “Claro que sí”, respondí. De todas maneras, y solamente por si acaso, volví a revisar el escapate, a abrir gaveta por gaveta, a escudriñar en el fondo de las mesitas de noche. Todo estaba vacío.

En el centro de la habitación del lujoso hotel, las dos maletas estaban ya cerradas. Frente al edificio nos aguardaban dos Cadillac negros, con las puertas abiertas de par en par.

A la sazón, Cruz era presidente de la central obrera. Acababa de asistir a un congreso de trabajadores, celebrado en un país europeo, y yo lo alcancé en el camino. Allí surgió la invitación para viajar ambos a Yugoslavia. En este momento nos encontrábamos en Zagreb, mi ciudad natal, adonde no había vuelto después de la última guerra. Por supuesto que todo lo encontré cambiado, menos la parte alta de la ciudad que había sido proclamada monumento histórico, y a la cual –según nos explicaron– no se podían hacer modificaciones arquitectónicas de ningún tipo.

Ambos habíamos sido objeto de atenciones sin fin, prodigadas por los máximos dirigentes de la central obrera yugoslava. Dentro de pocas horas viajaríamos a Belgrado, capital del Estado que siempre había querido conocer. Junto a los imponentes vehículos, nos esperaban los jefes del movimiento sindical yugoslavo, quienes insistían en acompañarnos al aeropuerto.

Cuando bajamos los escalones del hotel, precedidos del mozo que llevaba las maletas, nos saludamos con vehemencia. Nos estrechamos las manos fuertemente, al acostumbrado estilo europeo. Era mediados de noviembre y el frío arreciaba progresivamente. La brisa otoñal barría el resto de las hojas de los árboles y jugueteaba con ellas hasta formar alegres remolinos. El ramaje, casi desnudo, se inclinaba cada vez más, impulsado por la creciente ventisca. Afortunadamente, llevábamos ropa de invierno adecuada para la cortante temperatura que rondaba los cero grados y a la cual no estábamos acostumbrados.

Ya el mozo del hotel había colocado ambas maletas en uno de los carros. Los compañeros nos invitaron, con suma amabilidad, a tomar asiento en uno de los vehículos, mientras ellos abordaban el otro.

Todo estaba listo para la partida. En ese preciso momento, el joven de las maletas se precipitó escaleras abajo a toda velocidad. En las palmas de las manos traía doblado algo que aún no pude distinguir. “¡Señora, señora!”, gritó a todo pulmón. “¡Mire lo que se le quedó en la habitación!”.

Atraídos por las llamadas del joven empleado, los dirigentes sindicales sacaron la cabeza por la ventana para ver qué había sucedido. Cuando el mozo estuvo cerca de mí, extendió ambos brazos obsequiosamente, queriendo entregarme lo que traía. Cuando vi de qué se trataba, sentí como si un balde de agua helada se hubiera volcado sobre mí. Era... mi dormilona, nada nueva, por cierto, que en una época muy lejana fue rosada, pero que gracias a los detergentes había adquirido un color indefinido. Nunca había creído en milagros, pero lo que más deseaba en aquel momento era que un cataclismo repentino hiciera desaparecer de una buena vez al mozo del hotel, a la dormilona y, por supuesto, a mí.

Pero nada de eso sucedió y el muchacho quedó allí impávido mirándonos sucesivamente a mí y a la dormilona. ¡Si por lo menos la hubiera envuelto en un papel o colocado en una bolsa! Pero allí estaba, cuidadosamente doblada, exhibiendo a la vista de todos su descolorida palidez.

No tuve más remedio que reponerme. “Señor, eso no es mío”, dije con firmeza. “¡Tiene que ser suyo, señora, estaba debajo de la almohada”, insistió el joven. “Pues, lo siento: no es mío”, repetí. “Debe haber alguna confusión”. El mozo movió la cabeza negativamente. Yo aproveché para subir resueltamente al vehículo, el cual arrancó enseguida.

Mientras nos alejábamos, me asaltó el deseo de echarle un último vistazo al hotel y sus alrededores. Después de todo, tal vez no los volvería a ver. Pero no me atreví a hacerlo y mi mirada se centró en el recto camino que empezábamos a recorrer.

Maja y Cruz con sus hijos Alicia, Esperanza, Asia, Tatiana, Clara, Vladimir.



## COSAS DE ASIA



A veces conviene vestir a los niños pequeños con la misma indumentaria. Yo no lo sabía, pero lo aprendí aquel soleado domingo cuando resolvimos pasar el día en el Parque del Este. Íbamos Cruz, los niños mayorcitos, Amazonas Tatiana, Asia Yajaira y, por supuesto, yo. Nosotros salíamos todos los fines de semana y muy de vez en cuando nos acompañaba Cruz.

Mientras todos desayunábamos en casa, fueron haciéndose las 10 de la mañana, y cuando llegamos al parque ya el sol estaba bastante alto. Faltaba poco para que dieran las 12 del mediodía.

Corriendo por aquí, saltando por allá, los niños iban delante de nosotros. Se veía a leguas que disfrutaban a plenitud de la libertad de correr a sus anchas, de tirarse en la grama cuantas veces les apeteciera, de perseguir alguna que otra mariposa. Estaban trajeados de manera sencilla: nuestros ingresos eran muy reducidos, y no era fácil vestir y alimentar a tantos muchachos. Solo Amazonas Tatiana y Asia Yajaira estaban estrenando ese día dos vestiditos azules, ambos idénticos. Sobre la pechera blanca llamaba poderosamente la atención una casita bordada en rojo que hacía del conjunto algo realmente encantador.

Frente al lago, en línea recta, había un inmenso banco, que todavía hoy permanece allí. Como quiera que habíamos atravesado casi todo el parque a pie, nos sentimos cansados y resolvimos descansar un rato.

Hasta los niños, agotados, se quedaron quietos por algún tiempo. Al considerar suficiente el descanso, decidimos continuar el paseo, acercarnos aún más al lago y contemplar la réplica del barco en que viajó Colón y que, con aspecto imponente, estaba anclada allí enfrente.

Esta vez Cruz y yo íbamos adelante y los niños atrás. Cuando volteamos para echarles un vistazo, nos dimos cuenta de que Asia Yajaira no estaba con nosotros. Regresamos hacia el banco y tampoco la vimos. Caminamos varios pasos en distintas direcciones... y nada. Poco a poco, el pánico se fue apoderando de cada uno de nosotros. Yo, por mi parte, sentí que la sangre se me helaba en las venas. ¿Dónde se habría metido la niña?

Resolvimos compartirnos en tres grupos: Cruz iría hacia la derecha, los niños mayores hacia la izquierda y yo caminaría rumbo a la salida del parque. El banco sería el punto de referencia y dentro de 10 minutos nos veríamos todos allí.

Cada quien tomó la dirección asignada y caminó largo trecho. Cuando nos encontramos nuevamente en el lugar convenido, nadie había podido dar con el paradero de la pequeña Asia Yajaira. Entonces resolvimos reanudar la búsqueda, pero esta vez con rutas más largas. Yo me propuse llegar hasta la propia entrada del parque. Nunca lo había cruzado con tanta rapidez. Parecía como si el pánico me hubiera conferido alas. Respiraba con la boca abierta. Los latidos del corazón se hacían cada vez más fuertes. ¿Dónde estará la niña? En un santiamén, llegué a la entrada y, para mi sorpresa, allí estaba Asia Yajaira, tomada de la mano de un hombre. Recuerdo claramente que este era de baja estatura y estaba trajeado de negro.



“¡Señor!”, grité desde lejos, casi ahogándome. “Deme a la niña”. El aludido me miró de los pies a la cabeza. Asia Yajaira no hizo ningún ademán de soltarse de la mano de aquel individuo. Solo me miraba con sus grandes ojos negros, que siempre me habían sorprendido por su expresividad. De resto, parecía sentirse tan a gusto con su pequeña mano infantil metida en la de aquel hombre desconocido. Nada se movió en su cara. Daba la impresión de estar ajena a todo cuanto ocurría a su alrededor.

“Yo soy su mamá. La andamos buscando desde hace rato”, le dije cuando estuve a dos pasos de ambos. “Señora –replicó el desconocido–, discúlpeme usted, pero voy a entregar esta niña a la guardia que custodia el parque. Si ella fuera hija suya, lo lógico es que la hubiera reconocido, que hubiera corrido a su lado. Pero mírela: ella no se movió de aquí ni parece querer nada con usted. Además, ella es morena y usted es blanca. Así que la voy a entregar a la guardia”.

“Espere un momento”, le supliqué. “Voy a traer a su hermanita para que la vea. Tiene puesto un vestido igual al que lleva esta niña”.

El hombre convino en esperar. Yo, volando, crucé la distancia que me separaba del banco frente al lago. Y a rastras me traje a Amazonas Tatiana, que no sospechaba el importante papel que le tocaría desempeñar en esos momentos.

Cuando el desconocido la vio y observó el mismo vestido azul con su casita bordada en rojo, soltó la mano de Asia Yajaira. Esta se vino dócilmente a mi lado... como si no hubiera ocurrido nada.

Esperanza en Puerto Ayacucho.



## *ELLA NO HABLA, PERO SE FIJA MUCHO*



“Ella no habla, pero se fija mucho”, decía Cruz cuando comentábamos que Esperanza, pese a sus tres años ya cumplidos, apenas pronunciaba unas pocas palabras. Hasta qué punto esto era cierto, se verá más adelante.

De talla muy pequeña, Esperanza pesaba al nacer solo dos kilos y cien gramos. Cuando a la salida de la maternidad la tuve por primera vez en mis brazos, sentí un gran sobresalto: ¡su peso era tan ínfimo! ¿Cómo me las arreglaré con un ser tan pequeño y desvalido? La ropita de lana talla 00 le quedaba demasiado holgada, y su cabecita se perdía en la inmensidad del gorrito. La enfermera que me la dio parecía captar mi mirada interrogativa. “Ella pasó varias horas en estufa y está bien”, me dijo, pero el pánico inicial no me quiso abandonar.

Una vez en nuestro domicilio, familiares y conocidos movían dubitativamente la cabeza. “Ya engordará”, decían algunos compasivamente y sin mucho convencimiento. ¡Quién iba a imaginarse que, veinte años después, Esperanza ensayaría distintos métodos de adelgazamiento por ser muy entrada en carnes...!

Las primeras semanas fueron realmente angustiantes. Me aterraba la necesidad de cambiarle los pañales, de alimentarla y, por supuesto, de bañarla. Su fragilidad era indescriptible, pero los días iban pasando y, al mes de nacida, ya piernitas y bracitos acusaban en sus pliegues cierta llenura.

Su control médico era bastante estricto, pero entre una y otra cita del pediatra me acosaba la impaciencia por saber si había aumentado de peso.

Cerca de la casa donde vivíamos había una carnicería cuyo dueño era, lo que se llama en lenguaje popular, “buena gente”. Todas las semanas, bien temprano, cuando aún la clientela no buscaba con premura la magra ración de carne para el almuerzo, yo envolvía a la niña en una ligera manta y la llevaba a la carnicería. El dueño, por su parte, forraba el peso con papel blanco y yo la acostaba allí observando afanosamente el movimiento de la aguja. Cada vez que esta marcaba cien gramos más, aumentaba nuestro júbilo y la admiración de quienes –semanas atrás– habían movido dubitativamente la cabeza.

Pasó el tiempo, y ya a los siete meses Esperanza daba sus primeros pasos agarradita de la baranda de la cuna. A punta de sopas de legumbres y teteros de avena, había alcanzado el peso normal de los niños de su edad, aunque su talla nunca pasó de ser medianamente satisfactoria.

De carácter más bien tranquilo y apacible, le gustaba jugar con sus tres hermanitos. Sus juegos eran siempre creativos. No teníamos dinero para comprar juguetes caros, y el mercado no estaba inundado aún de costosas diversiones de pila que no aportan nada al intelecto infantil, pero sí jugosas ganancias a los comerciantes.

Recuerdo que el juego que más les gustaba a los niños era el de “autobús”. Colocaban las rústicas sillas unas tras otra, en fila india, y en el puesto de adelante iba por supuesto el conductor, quien cobraba el pasaje a los viajeros y los dejaba en imaginarias paradas. Aunque la casa quedaba en desorden, había diversión para rato. Otras veces jugaban de “barco”. Para eso volteaban una pequeña mesa boca abajo, se acurrucaban en ella como podían y viajaban así a distintos lugares. Siendo más pequeños llevaban de un lugar a otro objetos livianos, mientras exclamaban “mudancia, mudancia”.

En las vacaciones, cuando ya los mayorcitos iban a clases, gustaban de jugar a la “escuela”. Sentaban a los más pequeños en unas sillitas y, armados de un pizarrón y una cartilla, supuestamente les enseñaban a leer.

Así fue como un buen día, no teniendo Esperanza aún los cinco años cumplidos, llegó Mario corriendo a la cocina, todo excitado. “Mamá, mamá –exclamó fuera de sí-. Ya Esperanza sabe leer”. “Déjate de bromas –le contesté-. Si nunca le hemos enseñado”. “Ven para que veas”, insistió hablándome por la ropa. Debe ser que se aprendió la cartilla de memoria, pensé para mis adentros. Me acerqué despacio y, en efecto, la niña leyó la cartilla sin mayor dificultad. Luego agarré un periódico y le acerqué varios titulares. Y cuál no sería mi sorpresa cuando poco a poco Esperanza leyó los caracteres impresos sin titubeo alguno.

Exactamente como había dicho Cruz, “ella no habla, pero se fija mucho...”.

Maja y Cruz.





Cierta mañana, bien temprano, le dije a Cruz: “Oye, creo que se me adelantó la menopausia”. Enfrascado como estaba en sus papeles, me contestó: “Bueno, ¡qué se le va a hacer!”. Era mediados de agosto de 1969, y en marzo del próximo año yo cumpliría 46 años. No pensaba que se me iba a presentar tan temprano. ¡Se oían tantas cosas de cómo las mujeres reaccionaban ante el llamado “cambio de vida”! Por eso no le di mayor importancia al hecho de que cada vez que colaba café me asaltaban unas terribles náuseas. Pero cuando empecé a divisar en las piernas unas finas venas azuladas que antes no estaban allí, resolví ir al médico.

En el Servicio Médico Municipal, que funcionaba en el edificio viejo de la Maternidad Concepción Palacios, el doctor Gómez Patiño me dijo en su consulta, mirándome en forma significativa: “Vamos a hacerle un examen de orina para descartar un posible embarazo”. Pero el resultado del examen no descartó nada y, por el contrario, cuando lo tuve en mis manos supe que las náuseas que me asaltaban al colar el café mañanero no eran propiamente consecuencia de la menopausia; era que Ernesto venía en camino.

Nunca sospeché la cantidad de cosas que me irían a ocurrir con motivo de este embarazo. Los primeros meses fueron los más desagradables. Yo trabajaba en la Contraloría Municipal del Distrito Federal, siendo jefe inmediato de

unas diez personas, de las cuales ocho eran hombres. En cuanto los contornos de mi figura comenzaron a redondearse más de la cuenta, sentí resbalar sobre mí multitud de miradas inquisidoras. Y cuando mi estado llegó a ser evidente, más de una vez sorprendí a hombres y mujeres sonriendo maliciosamente.

Siempre me había controlado los embarazos anteriores en las unidades sanitarias o en consultas particulares. Esta vez resolví hacerlo en la misma Maternidad. El Servicio Médico Municipal, al cual estábamos adscritos los empleados del municipio, funcionaba en dos cuarticos. Cuando tuve en mis manos el oficio de referencia para el control de los médicos en el edificio de la Maternidad, me sentí envuelta en un nuevo engranaje. Sin saber por qué, me invadió un miedo oscuro y lacerante frente a lo desconocido. A pocos metros de mí, los compañeros de trabajo consultaban al médico por gripes, resfriados u otras dolencias menores. Lo mío era otra cosa: ya no iba con carácter de empleada municipal, sino como una “barrigona” más de tantas que trasponen diariamente la puerta de aquella vetusta edificación.

El día de mi primera cita, el tiempo se fue en interrogatorios acerca de mis antecedentes. Tuve que contestar infinidad de preguntas acerca de mis partos anteriores, la salud de mis hijos, sus respectivas edades, las fechas de las vacunas, etcétera. Al indagar mi edad y oír mi contestación, la enfermera esbozó un ceñudo gesto que no se preocupó por ocultar.

Éramos un grupo compuesto por unas cincuenta embarazadas, a cada una de las cuales nos llenaron una meticulosa historia. Nos dieron órdenes para efectuar exámenes de orina y volver dentro de tres semanas. Las citas eran en conjunto.



Cuando regresamos el día convenido, ya los resultados de los exámenes reposaban en nuestras respectivas historias. Antes de que el médico nos viera, nos llevaron de un consultorio a otro: primero chequearon nuestra asistencia, luego nos pesaron, después nos condujeron al dentista. No dejaba de ser cómica la columna de cincuenta “barrigonas” andando detrás de la enfermera. Si yo no hubiera formado parte de ellas, seguro que me hubiera reído de lo lindo. Pero así... no me quedaban más recursos que caminar dócilmente hacia donde nos indicaba la enfermera.

Faltando poco por terminar nuestro peregrinaje, la dama que nos guiaba ordenó de repente: “Vénganse todas conmigo”, y señalándome a mí con el índice extendido, añadió: “Menos usted. ¡Vaya de inmediato al sótano!”. Cuarenta y nueve pares de ojos se volcaron hacia mí, viéndome con curiosidad. ¿Qué habría pasado?, me pregunté con ansiedad. Sentí el corazón latir en el pecho con más fuerza que de costumbre. Me invadió un sentimiento de terror. Presentí algo desconocido que yo no sabía qué era, pero que estaba allí, en el sótano, aguardándome en forma por demás amenazadora.

Bajé los escalones poco a poco, llena de aprehensión. En el sótano, adosado a la pared, sobresalía un letrero que rezaba: “Banco de Sangre”. Había muchas personas allí y todas se veían en febril actividad. “Me mandaron de allá arriba”, musité quedamente. “Siéntese”, me indicó una joven trajeada de blanco, a la vez que señaló una hilera de sillas. “¿Usted es fulana de tal?”, preguntó hojeando simultáneamente unas hojas amarillas. “Su grupo sanguíneo es Rh negativo. ¿A qué grupo de sangre pertenece su esposo?”.

Yo moví la cabeza negativamente. “No lo sé”, dije. “Nunca nos habían hecho esa clase de exámenes”, añadí.

Era cierto. Los exámenes de sangre que me habían hecho con motivo de otros embarazos no pasaban de ser los de rutina. Chequeaban principalmente la cantidad de glóbulos rojos y blancos, y la hemoglobina. Nunca llegaron a indagar el grupo sanguíneo.

La joven vestida de blanco prosiguió: “¿A ninguno de sus hijos les dio ictericia? ¿No los llegó a ver amarillos? ¿Tampoco les han hecho transfusiones de sangre?”, preguntó. “A ninguno”, respondí. “De todas maneras, su esposo tiene que venir por aquí a la brevedad posible. Procure que sea mañana mismo. Hay que hacerle a él un examen de sangre”, dijo.

Cruz recibió la noticia con sorpresa. “¿Qué será lo que pasa?”, interrogó. Al día siguiente estuvimos allí y de su brazo sacaron una inyectadora llena de líquido rojo oscuro. Me citaron para la semana siguiente. El día indicado bajé directamente al sótano. Una enfermera me conminó a seguirla. “Véngase conmigo”, dijo. “El director del banco de sea verla”, precisó.

Me volví a asustar. La seguí y al traspasar varias puertas llegamos a un pequeño, pero confortable cubículo. Sobre un escritorio pintado de blanco varias carpetas extendidas indicaban casos por revisar. La luz entraba por la ventana a raudales. El director, sonriente, me preguntó por mi nombre y, al escuchar la respuesta, me dijo: “Señora, ¿usted juega al 5 y 6?”. La pregunta me pareció insólita en boca de un profesional como él y, temiendo haber entendido mal, intenté aclarar: “¿Cómo dice?”. “¿Que si usted juega al 5 y 6?”, repitió. No había error posible: había escuchado bien. Yo, que jamás había hecho un cuadro ni sabía cómo se llenaban los formularios, moví la cabeza indicando que no. “Pues, debería jugar”, contestó. “Usted ni

se imagina la suerte que tiene. Un caso como el suyo se da uno entre un millón. Desde que se fundó la Maternidad no hemos tenido algo parecido. Resulta que su grupo sanguíneo es RH negativo y el de su esposo es RH positivo. Entre ustedes hay incompatibilidad sanguínea. ¿De verdad ninguno de sus siete hijos se ha puesto amarillo ni les han hecho transfusiones de sangre al nacer? Debe saber usted que el peligro de la ictericia aumenta a partir del tercer muchacho nacido... si es que los dos anteriores no han sufrido estas complicaciones. Lo más probable es que su caso sea llevado a congresos internacionales”.

A partir de ese momento, me repitieron los exámenes mensualmente. Y cuando el alumbramiento estuvo cerca, tuve que presentarme cada quince días. Poco antes del parto, al visitar por última vez el banco de sangre de la Maternidad, el director me tomó las manos y me dijo: “La felicito, señora. Usted está en tan buenas condiciones que le aseguro que este muchacho nacerá sano. Y no solo él, sino media docena más, si usted quisiera tenerlos”. “Muchas gracias, doctor”, sonreí. “Creo que con este es suficiente”.

Hace unos años, mi hija Asia Yajaira, quien estudiaba en el Instituto de Medicina de Kiev (Ucrania, antigua Unión Soviética), me escribió lo siguiente: “Sabes que en la clase de hematología la doctora no me quiso creer que tu sangre es del grupo RH negativo y la de mi papá RH positivo, y que a ninguno de nosotros nos ha pasado nada”. Le contesté en son de chanza: “Si me mandan el pasaje estoy dispuesta a viajar para demostrárselo personalmente. De paso aprovecho para visitarte”. La contestación no pudo ser más descorazonadora: “Están sumamente interesados en el caso, pero no me han dicho nada de pasajes”. ¡Qué se le va a hacer!

Maja, Cruz, Asia, Esperanza y Clara viendo a Ernesto recién nacido (1970).



## *MAMMA MIA... ¡CHE BAMBINO!*



Aquella vez mi pésima costumbre de dejar todo para última hora me había jugado una mala pasada de verdad. Veamos cómo ocurrió todo.

Corría el año de 1970. Pocos días atrás, en mi última entrevista con el médico, este me había reiterado que Ernesto nacería después del tres de mayo. En mi tarjeta de control había una cita para el quince de ese mes, “únicamente por si acaso”, según palabras textuales del médico obstetra. Habíamos previsto comprar la canastilla el treinta de abril, pues ese día me tocaba cobrar mi sueldo de la segunda quincena del mes. Cruz se había ido de viaje al exterior con cierta reticencia; pero tenía una invitación para asistir a la celebración del Primero de Mayo y no quería declinarla. “Estaré de regreso a más tardar el tres de mayo”, me había dicho antes de partir. No tuve objeción alguna: el diagnóstico del médico no tenía por qué fallar.

El veintiocho en la tarde empecé a sentir cierto malestar, el cual fue aumentando lentamente. Lo atribuí a una supuesta mala digestión. Me acosté temprano, pero durante la noche desperté varias veces con dolor de espalda. En la madrugada pensé con sobresalto si, después de todo, no se me habrían adelantado los dolores de parto. Al recordar esa posibilidad, me invadió un verdadero pánico. ¡Cielos! Me tocaba cobrar dos días después, y en ese momento carecíamos de dinero. La nevera estaba casi vacía y teníamos apenas lo

suficiente para llegar al último. ¿Cómo dejar a los niños sin recursos, mientras yo estuviera en la Maternidad? Por otra parte... ¡la canastilla! En ese preciso momento Ernesto tenía apenas la cuna y un monito blanco, el cual, de paso, le quedaría demasiado grande. ¡Ni pañales, ni camisitas, ni cobijitas, absolutamente nada! En primer lugar, habría que conseguir dinero para comprar la ropa del bebé.

Sumergida en tales pensamientos, me volví a dormir. Aún conservaba la esperanza de que todo fuera producto de una indisposición pasajera y que quedaba tiempo suficiente para hacer las compras en la fecha prevista.

Cuando me levanté, poco antes de las seis de la mañana, ya no me cabía la menor duda: sentía los síntomas inequívocos del parto en ciernes...

Despaché a los muchachos en la escuela más de prisa que otras veces. En esa época, unos estaban en primaria y otros en bachillerato. Dejé instrucciones para que Alicia, al regreso, preparara el almuerzo. No le di a entender a nadie el estado en que me encontraba.

En primer lugar, fui a mi trabajo. Hace apenas cinco días que había pedido los reposos pre y posnatal. Aunque, como es sabido, el permiso consiste en seis semanas antes y seis semanas después del parto, casi todas las embarazadas hacíamos lo mismo: reducíamos al mínimo el permiso prenatal para, luego, poder alargar el posnatal. A todas nos parecía inconcebible dejar un bebé de seis semanas de nacido en manos de otros.

Subí al segundo piso en busca de la presidenta de la Caja de Ahorros. Era una mujer de firmes principios, pero, a la vez, sensible a las necesidades de los socios. “Gladys”, le supliqué, “necesito urgentemente un préstamo”. Esta me miró extrañada: “¿No te acuerdas del reglamento? Después

del veinte, la Caja no concede préstamos. Es una orden del contralor”. Yo suspiré hondamente y, sintiendo cierto rubor en las mejillas, balbuceé: “Es que... tengo dolores de parto”. Gladys me miró extrañada de los pies hasta la cabeza, paseó su vista por mi abultado abdomen y quedó pensativa un rato. Entonces me dijo: “Si es así... vamos a hacer una excepción. Te daremos un adelanto de sueldo. Pero prométeme que cuando recibas el pago de la segunda quincena, lo reintegrarás inmediatamente”. Luego de darle todas las seguridades del caso, me hizo un cheque por la cantidad que me tocaba cobrar y lo firmó. “Sube al tercer piso para que el tesorero le dé el visto bueno”, me recomendó.

Una vez en posesión del cheque, calzado con las firmas correspondientes, fui derecho al banco. Había mucha gente, y la espera se me hizo interminable. La impaciencia y el malestar alargaban los minutos mucho más allá del movimiento de las manecillas del reloj...

Cuando tuve, por fin, el dinero en la mano, tomé un carrito por puesto y me bajé en la esquina de Principal. Atravesé la Plaza Bolívar y entré en una de las tiendas de ropa para niños que existe entre las esquinas de Gradillas y Sociedad; allí compré todo cuanto necesita un bebé en sus primeras semanas de vida. Más de una vez tuve que recostarme del mostrador para poder soportar las fuertes punzadas que, de cuando en cuando, taladraban mi cintura. Una vez terminada la compra, busqué un carro libre y, con mi paquete bajo el brazo, le indiqué al chofer la dirección de mi casa. Aún hoy, treinta y un años después, cada vez que paso frente a esa tienda me asalta con toda nitidez el recuerdo de los angustiosos momentos que me tocó vivir allí.

Pero aún faltaba un detalle: había que comprar comestibles. Volví a salir y me encaminé al supermercado más cercano. Sin escoger mucho, metí en el carrito cuanto producto alimenticio encontré a mi paso.

Cuando consideré que había comprado lo indispensable, me embarqué con los víveres en una camioneta que transportaba a los clientes a sus domicilios.

A mi regreso, en la casa no había nadie. Eran cerca de las seis de la tarde y los niños no habían regresado aún. Busqué un lápiz y dejé un escueto mensaje redactado en los siguientes términos: “Voy a la Maternidad. Pórtense bien”. Luego de echar un último vistazo a mi alrededor, cerré cuidadosamente la puerta.

Procuré bajar con prisa las dos cuabras que me separaban de la avenida principal, pero me tuve que detener varias veces. Hubiera querido tener alas, pero las contracciones imponían lentitud a mi andar. Cuando por fin llegué a la parada, me puse a esperar un carro de alquiler o, en el peor de los casos, un carrito por puesto. Como no tenía en qué apoyarme, estrujaba febrilmente mi cartera cada vez que sentía el temible taladro.

Sucedió que no llegaban ni el taxi y ni siquiera un carrito por puesto. Estaba oscureciendo y, por más que mi vista oteara angustiosamente las sombras que a toda prisa invadían el atardecer, ningún vehículo llegó a pasar frente a mí. Presa de pánico, empecé a cavilar sobre qué hacer, cuando divisé a la lejanía un autobús arrastrándose a paso lento. Unos minutos después, pude identificar el letrero: Coche-Silencio. Sin pensarlo dos veces, le hice una seña al chofer y me monté en el colectivo. El autobús arrancó, y yo suspiré con alivio.

Afortunadamente, y para mi sorpresa, no había mucho tráfico. Tres cuartos de hora después, llegamos a El Silencio. Caminé dificultosamente y paré el primer carro de alquiler que cruzó la vía. “Lléveme a la Maternidad”, le indiqué escuetamente al conductor. Ya las contracciones se sucedían con regularidad y eran bastante fuertes. Además, sentía en



mi cara un ardor poco menos que insoportable. El chofer me miró por el espejo retrovisor: “¿Está esperando familia?”, preguntó. “Aún no”, contesté con evasiva, deseando evadir toda conversación. El carro enfiló raudamente hacia la entrada de pacientes; yo entré y me desplomé ya sin fuerzas sobre un banco ocupado por una hilera de parturientas. Sentía un agotamiento que rayaba en la inconsciencia.

Detrás de unas blancas cortinas, se asomó la cabeza de un médico. Echó un vistazo a la fila de parturientas que tenía enfrente y acercándose a mí dijo: “Pase usted”. Yo avancé dificultosamente. “¿Viene de la playa?”, preguntó el galeno escudriñando mis mejillas teñidas de un rojo vivo intenso. “No –le dije–, vengo de mi casa”. “Acuéstese”, ordenó y acercó el tensiómetro a mi brazo que reposaba en la camilla. “Tiene la tensión en ciento ochenta –dijo escuetamente–. Por eso está tan colorada”. Durante todos mis embarazos anteriores, esta se había mantenido firmemente en ciento veinte pulsaciones. “Tiene la tensión de una niña”, me habían dicho las enfermeras más de una vez. A partir de ese momento, sin embargo, y hasta el día de hoy, tendría que vérmelas con cifras tensionales mucho más altas, combatidas con tratamiento continuo.

La cortina se movió y otro médico hizo su entrada al recinto. El obstetra le enseñó mi historia al que acababa de llegar. “Hmmm...”, lo oí comentar en voz baja. “Cuarenta y seis años de edad, incompatibilidad sanguínea y la tensión en ciento ochenta”. Total: ¡¡alto riesgo!!

Media hora después, y tras el último paroxismo, Ernesto mezcló su llanto al de otros bebés que estaban llegando al mundo en esos momentos. El médico me dijo: “Es varón”, y enseguida preguntó: “¿Qué nombre le va a poner?”. Entonces sucedió algo extraordinario: por más que trataba de recordar los nombres que había barajado en el caso de que naciera un varón, ninguno acudió a mi memoria. Simple-

mente no podía recordar nombre alguno. Mientras más esfuerzo hacía, mayor era la laguna mental que se apoderaba de mí. Hubo evidente impaciencia en la voz del médico cuando este repitió la pregunta; cada segundo que pasaba estaba impregnado de una eterna espera. Me invadió un verdadero pánico. ¿Cómo confesar que mi memoria estaba en blanco? Hasta que no sé de qué profundidades surgió frente a mí el nombre Ernesto.

Mi condición de “alto riesgo” no fue obstáculo para que me trasladaran al octavo piso y me acostaran en una cama ya ocupada por otra recién parida, la cual, además, tenía fiebre. Nuestras condiciones de espacio eran bastantes precarias, y a la hora de amamantar a los críos estábamos los cuatro tendidos sobre una cama, originalmente destinada para una persona. Había que sujetarlos muy bien para que ninguno de los dos rodara por los bordes de la cama y aterrizara en el suelo. Afortunadamente, gracias a nuestra vigilancia, nada de eso ocurrió.

Cuando tres días después me dieron de alta y regresamos, por fin, a nuestra casa, Ernesto estrenó su nueva cuna. A pesar de su normalidad de peso y talla, parecía perderse en ella. Tenía los taloncitos rojos e irritados, y era porque –según me había dicho una enfermera– debido a la recién descubierta incompatibilidad sanguínea de sus padres, el niño había pasado una noche completa sujetado a una tabla, siendo objeto de múltiples exámenes de sangre. ¿Cuánto no habría pateado durante esa –para él– interminable noche para que los taloncitos se le pusieran así?

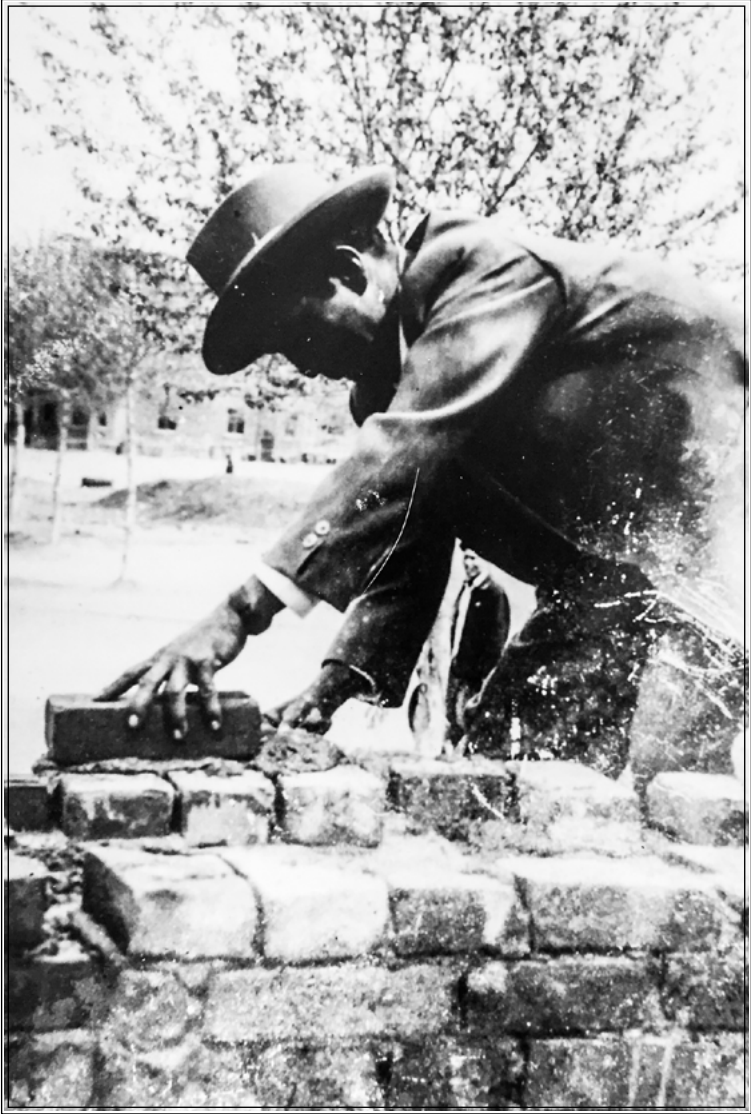
Frente a nuestra casa vivía un italiano que se ganaba el sustento de él y de su familia vendiendo perros calientes, que en esa época se vendían a real. Iniciaba su oficio desde tempranas horas de la mañana hasta bien entrada la noche, y era un digno ejemplo de austeridad. La proverbial tendencia al ahorro de los italianos tenía en él un fiel representante. Solo así podría explicarse el hecho de que este laborioso caballero pudiera pagar el alquiler de una casa (más gran-

de que la nuestra), que sus tres hijos estuvieran estudiando y que, además, visitara anualmente su tierra natal acompañado de su esposa e hijos, pagando los pasajes de ida y vuelta de contado, en una época en que viajar a crédito era sumamente fácil.

Pues bien, por las mañanas yo esquivaba los encuentros con nuestro vecino, quien refiriéndose a Ernesto se explicaba invariablemente: “Mama mía... che bambino, ¡cómo llora... che pulmone tan forte!”. Y era que Ernesto, una vez en la casa, demostró ser un bebé sumamente dócil... de día. Dormía la mayor parte del tiempo, sin que los ruidos normales de la casa hicieran mella alguna en sus sueños; pero en lo que el manto de la noche arrojara la soñolienta tierra y sus habitantes se dispusieran a descansar, el niño empezaba a estirarse y a abrir sus almendrados ojos como preludio de un sostenido “concierto” que empezaría a continuación. El bambino dejaba de ser la criatura apacible que de día causaba admiración para, con sus gritos, herir de muerte el silencio nocturno. Pese a todos los intentos de restablecer la tranquilidad cambiando pañales y suministrando alimento, Ernesto no se quedaba quieto si no lo cargaban y no se prendían las luces. Era fácil comprender que las ondas expansivas de sus gritos traspasaran a las rendijas de las casas vecinas, haciendo que sus moradores despertaran sobresaltados.

Cruz regresó pocos días después. Se presentó de improviso a las siete de la noche e irrumpió bruscamente en el dormitorio. Su primera mirada fue para el niño, quien ni siquiera se movió. “¿Por qué no me mandaste a avisar?”, preguntó con gesto ceñudo. Quienes lo fueron a buscar al aeropuerto contaron luego que, al ser informado del nacimiento del niño, Cruz dejó abandonada la maleta y se vino a Caracas en el primer carro libre que encontró. Solo al día siguiente fue posible rescatarla. Yo, por mi parte, tomé una decisión: esa noche dormiría completo, que por esta vez padre e hijo se entendieran como pudieran.

Cruz, en China.



## EL VIAJE A CHINA



Cuando nuestros hijos estaban pequeños ensuciaban mucha ropa, lo cual, después de todo, era natural para su edad. Saltaban por aquí, se arrastraban por allá, trepaban por doquier y con frecuencia había que cambiarles la indumentaria hasta tres veces por día. Por las tardes, el panorama se presentaba desolador. Por más que lavara diariamente (por fortuna, ni en los peores momentos nos faltó lavadora), las montañas de ropa sucia disminuían por poco tiempo, para crecer con más ímpetu horas después.

Yo guardaba la ropa lavada en grandes bolsas de tela, esperando pacientemente un rato libre para planchar. Pero ese “rato” tardaba en llegar, y las bolsas se inflaban como el pan cuando está en el horno.

A menudo, para poder pescar la prenda deseada, había que realizar verdaderas proezas de acrobacia: sumergir la cabeza dentro de la bolsa, apartar por aquí, revolver por allá, solo para constatar que la camisa que buscaba o el vestido que hacía falta yacía con toda seguridad allá en el fondo. En lugar de dominar yo la ropa, ella me dominaba a mí.

Hoy en día no ocurre así. Aunque en las tardes no deja de asombrarme cuánto ensucian los adolescentes, introduzco la ropa rápidamente en la lavadora automática, la tiendo en el patio, y en las primeras horas de la mañana procuro alisarla

toda. Entonces la plancha se desliza suavemente sobre una ropa fresca, humedecida por el rocío nocturno. Y cuando eso, por alguna razón, no me es posible, un oportuno telefonazo a una señora que plancha me saca del apuro.

Pero veinticinco años atrás los atados de camisas, vestidos, pantalones y, por supuesto, de pañales, me lanzaban furtivamente miradas hostiles, reprochándome mi incapacidad para mantenerlos a raya.

Y he aquí que un buen día llegó Cruz con la gran noticia: en cumplimiento de sus funciones sindicales, había sido invitado para hacer una extensa visita a la República Popular China. Los preparativos para tan largo viaje empezaron a hacerse inmediatamente. ¡Una visita a tan distante país no era cualquier cosa! Las fotos, el pasaporte, la visa, nada de eso podía quedar para última hora. Una lucecita iluminó de golpe mi conciencia: como ahora, debido al viaje de Cruz, tendría menos trabajo, aprovecharía la oportunidad para planchar todo lo acumulado. Obedeciendo ese impulso, tomé las bolsas y, haciendo caso omiso de su nada despreciable peso, las coloqué en un sillón de la sala, con la intención de mantenerlas siempre a la vista.

Y viajó Cruz a la lejana República Popular China. Asistió a infinidad de reuniones con la dirigencia sindical de ese país. Conoció Pekín, Shanghái, Cantón y otras milenarias ciudades y regiones. Admiró las cordilleras del Tíbet y los macizos del Karakoram. Se retrató junto a la Gran Muralla china con altos dignatarios del Estado. Escuchó el rumor de los ríos Huang y Shongua que bañaban las llanuras de Manchuria. Sonrió a los cerezos en flor y admiró las rendidoras cosechas de arroz. Contempló la Cordillera de Tien Shan y acarició a los niños al pie de las montañas. Luego de una prolongada ausencia, regresó a Venezuela.

Y créame, querido lector, si es que ha tenido la paciencia de seguirme hasta aquí: las bolsas de ropa arrugada permanecían allí, sobre el sillón de la sala, guiñándome con un aire burlón que afortunadamente solo yo estaba en condiciones de comprender. Y para reducirlas al mínimo, no tuve más remedio que levantarme en plena madrugada, mientras, no lejos de mí, se escuchaba el acompasado respirar de quienes aún disfrutaban del mejor de los sueños.

Maja y Cruz.





## LA COBIJA



El mes de diciembre se insinuaba bastante húmedo. Pese a todas las predicciones en contrario, las gotas de lluvia rebotaban sonoramente contra las ventanas de la maternidad. Hacía frío. Eran cerca de las diez de la mañana del 12 de diciembre de 1961. Vladimir dormía apaciblemente en la cunita al lado de mi cama. Estaba abrigado hasta la quijada. Yo, en cambio, al igual que otras compañeras de la sala de hospitalización, estaba tiritando de frío. Una sábana, extremadamente desgastada por las sucesivas lavadas, era todo lo que nos cubría.

Vladimir había nacido la noche anterior. Algunas parturientas, que ya se levantaban de la cama, se habían acercado a la cama para verlo. “Va a ser moreno”, había declarado una de ellas. “Va a tener el pelo crespo”, predijo otra, y no estaban equivocadas. Lo que no habían podido adivinar es que, con el correr del tiempo, sus tres kilos se convertirían en ochenta y tres, y que su estatura de cincuenta centímetros llegaría a ser de un metro y ochenta.

Pero en ese entonces envidiábamos a los recién nacidos que, como él, estaban bien abrigados y arropados.

De repente vi a Cruz Alejandro cruzar el umbral de la puerta y buscar con la vista mi cama; venía seguido de tres hombres a quienes nunca antes había visto. Me los presentó, eran miembros del Sindicato de Trabajadores de la Maternidad.



Tras observar detenidamente a Vladimir, me dijo: “Vine ahora en la mañana porque tengo un compromiso en la tarde”. Uno de los sindicalistas se dirigió a mí: “Señora, si necesita algo y se lo podemos conseguir, con mucho gusto lo haremos”. Yo suspiré hondo y le pregunté: “¿Será posible conseguir una cobija? ¡Está haciendo tanto frío!”. “¡Cómo no! Se la traeremos enseguida”. De inmediato uno de ellos salió y, a los pocos instantes, trajo la cobija. Le di las gracias y me arropé con satisfacción.

Cruz Alejandro no pudo quedarse más tiempo. “Señor, váyase que ya va a empezar la visita de los médicos”, urgió una enfermera. Nos despedimos, y él prometió regresar al día siguiente. Vladimir bostezó y empezó a llorar.

No habían pasado ni cinco minutos desde la partida de mi esposo, cuando regresó corriendo uno de los tres compañeros del sindicato. Era evidente que quería decirme algo desagradable, pero no hallaba cómo empezar. “Señora –balbuceó al fin–, nos mandaron a recoger las cobijas. Se necesitan para las operadas. Lamentamos mucho, pero me tengo que llevar la suya. ¡Disculpe usted!”. Lo disculpé, ¿qué más podía hacer?

Alicia con Pancho, el mono de la casa, en Puerto Ayacucho (ca. 1955-1958).



## LA COMIDA EN PUERTO AYACUCHO



Cruz Alejandro estuvo un tiempo preso en la Cárcel Modelo y luego en la Cárcel El Obispo. Sin embargo, llegó el día en que me participaron que lo habían trasladado al Territorio Federal Amazonas o, como se llama ahora, estado Amazonas. Había muchos confinados allí, casi todos sin motivo alguno. Después de que Cruz Alejandro estuvo varios meses ahí, me mandó a llamar. Entonces, viajamos. Parecía una aventura. Mario era un muchacho de unos pocos años de edad, flaco y espigado. Recuerdo que la señora Camila nos ayudó a conseguir una casa cuyo alquiler costaba sesenta bolívares mensuales.

La comida era escasa: hasta los ricos del pueblo pasaban hambre. Los indígenas no se ocupaban de la agricultura; la mayor parte del tiempo se la pasaban acostados en el chinchorro. El avión que traía víveres desde Caracas venía una o dos veces por semana; la muchedumbre se agolpaba esperando ver qué alimentos traía el avión, pero estos se acababan muy rápidamente.

La comida más común era el mañoco. Tanto ricos como pobres comían eso. Se trataba simplemente de la yuca molida, el condumio más frecuente de todo el mundo. Una comida sin mañoco sería poco menos que inconcebible. Con una lata de mañoco, los trabajadores se mantenían todo un día. Me acuerdo que, después de venir de Puerto Ayacucho a Caracas, me traje una latica completa de mañoco, que no me duró mucho tiempo.

El mayorista, Sr. Díaz Vera, nos daba víveres a crédito, los cuales pudimos pagar gracias a que yo era corresponsal de *El Nacional* en Puerto Ayacucho, y el cheque correspondiente me llegaba todos los meses.

Un día, Mario agarró un pico con la esperanza de conseguir algo de las entrañas de la tierra para completar nuestra pobre dieta, y en efecto: sin mucho esfuerzo aparecieron unas enormes yucas que nos sirvieron para almorzar.

Recuerdo que otro día me levanté por la mañana y recibí una enorme sorpresa: el agua llegaba a 0.30 centímetros de la casa. Solo varios días después el Orinoco llegó a su nivel habitual.

Maja y Cruz en su casa en Coche.





Quienes me conocen desde mi más tierna infancia aseguran que, al preguntárseme acerca de qué profesión me gustaría ejercer una vez llegada a la edad adulta, respondía invariablemente: “En la mañana voy a ser cocinera, y en la tarde, médico”. En parte logré mi propósito con creces: soy, en efecto, cocinera en la mañana, en la tarde y en la noche. En cuanto a la medicina que tanto deseaba estudiar, las cosas ocurrieron de tal forma que eso resultó imposible. Pero cuando uno es joven y carece de experiencia se hace una serie de ilusiones que luego la realidad se encarga de cambiar.

Ya que no fue posible que me graduara de médico, acaricié largamente la idea de que todos mis hijos estudiaran medicina. En mi imaginación, me veía rodeada de numerosos médicos, cada uno con una especialidad diferente. Simplemente no podía concebir que a alguien no le gustara esa profesión, y cuando a cada uno de ellos les tocó el turno de opinar sobre sus futuros proyectos, esto fue lo que contestaron a mi sugerencia de estudiar medicina:

Alicia: (frunciendo el entrecejo): “No me gusta esta profesión. Quiero algo mejor”.

Clara: “No me gusta ver sangre, me desmayaría...”.

Mario: “¿Cómo se te ocurre? ¡¡¡Ni loco!!!”.

Esperanza: “No, mi amor... ¡¡¡Yo no sirvo para eso!!!”.

Amazonas: “Nooo, la primera vez que me tocara ver a un herido, me daría un yeyo”.

Vladimir: “No, no, no, ¿cómo se te ocurre?”.

Ernesto (asomando su cabeza de entre la maraña de cables eléctricos): “No me gusta la biología, y para estudiar medicina hay que estudiar biología”.

Solamente Asia Yajaira asintió: “Me gusta la medicina, eso es lo que voy a estudiar”.

Y así fue como el país se nutrió, no de ocho profesionales de la medicina, sino de nuevos economistas, administradores, amas de casa, periodistas, educadores e, igualmente, de una médica. Tal vez en el futuro haya también un ingeniero eléctrico en ciernes. ¡Enhorabuena!



## LAS CLASES DE MANEJO



No pasa un día sin que en las páginas de los diarios capitalinos aparezca la noticia sobre un choque de vehículos, volcamiento o cualquier otro infausto suceso, producto de la impericia de algún conductor. Seguramente hoy mismo, mientras usted lee estas líneas, con solo voltear algunas páginas podrá encontrar noticias relacionadas con accidentes de tránsito, y eso que en los periódicos se publican tan solo las más importantes.

Esta y otras reflexiones me hacía yo cuando, hace un par de semanas, viví el episodio más increíble que recuerdo haber presenciado. No cabe en este caso aquello de que “si no lo veo, no lo creo”, pues aún después de haberlo visto, me parece a veces haberlo soñado.

La historia comenzó un lunes, cuando me presenté en una conocida auto-escuela con el propósito de aprender a manejar. En la oficina había varias personas que, al parecer, iban a lo mismo. Sin embargo, el dueño no me atendió, sino cuando todos habían salido. “¿Con que usted desea aprender a manejar? –me dijo–. Muy bien. Nosotros nos encargaremos de todo, de que usted aprenda y saque su licencia. Pero en el caso de que no aprenda –y el hombre empezó a mirarme fijamente–, de todas maneras aprobará el examen. Eso se lo podemos garantizar. Las clases y la licencia le costarán solo trescientos bolívares”. ¡Qué charlatán!, pensé yo. Y sonriéndome para mis adentros, le pregunté: “¿Cómo es eso de que

‘aunque no aprenda, aprobaré el examen’?”. El hombre paseó su mirada por la habitación, como escudriñando si alguien nos estaba oyendo; al comprobar que no había nadie más, me dijo: “No se preocupe por nada. Empezará las prácticas y, al finalizar las ocho clases, tendrá en sus manos las preguntas que le harán en la inspección y las respuestas que usted debe decir...”.

Yo dudaba aún... que en un organismo del Estado pudiera ocurrir eso. Pero aquella vieja vena periodística que todavía latía en mí y que necesitaba solo de una chispa para volver a prender, me decía que valía la pena llegar hasta lo último.

Empecé la serie de ocho clases. Lo cierto es que no aprendí a manejar; pero para mi consuelo, los demás que se habían inscrito conmigo tampoco aprendieron. Personas duchos en el oficio me afirmaron luego que en ocho clases era imposible aprender a desenvolverse en el volante.

Una vez cancelados los trescientos bolívares, empezaron a toda mecha los preparativos para el examen. Al segundo día de estar frente al volante, nos hicieron sacar las fotos necesarias para la licencia. Al tercero, nos llevaron al examen médico. El día de la prueba estaba prácticamente fijado...

Cuando terminamos la octava clase, el jefe de la gestoría nos conminó a venir al día siguiente: “Si es posible, a las siete de la mañana”. Ese día nos sería entregado el cuestionario que deberíamos responder en la Inspección de Tránsito para que, junto con las contestaciones correctas, lo leyéramos unas dos veces. “Es sobre legislación del tránsito que versarán las preguntas”, aclaró el individuo. Y como uno de los alumnos asomó tímidamente la duda de si saldríamos bien, el hombre aclaró rápidamente: “Si ustedes saben leer y escribir, pasarán el examen, así no sepan manejar ni contestar las preguntas”.

Al día siguiente, no puedo negarlo, yo estaba muy nerviosa. A las siete y cuarto, a cada uno de nosotros (éramos unos veinticinco en total) nos fueron entregados sendos cuestionarios con sus respectivas respuestas. Eran preguntas técnicas que todo conductor debería conocer realmente. “Puede suceder que el cuestionario en el examen no salga exactamente igual –nos advirtió el dueño–, pero serán parecidas y, de todas maneras, ustedes pasarán...”.

En ese momento entró en escena otra persona, cuya descripción no quiero hacer por si acaso alguien tome en serio este reportaje y considere necesario abrir averiguaciones. Debo aclarar, sin embargo, que he comentado estos “acontecimientos” con algunas personas que invariablemente me respondían que eso estaba “así” desde hace años y que no lo cambiaba nadie. Así que, probablemente, nada de lo que yo tenga que decir pueda entorpecer alguna futura averiguación, porque esta no aparecerá por ningún lado. Así y todo, solo diré que fuimos entregados en manos de esa otra persona, quien volvió a disipar todos nuestros temores respecto al examen y nos advirtió lo siguiente: “Si ustedes no saben contestar alguna pregunta, o si tan solo tienen una duda, ¡por favor! No contesten nada. Se les acercará un funcionario y les dirá lo que deben contestar...”.

Cuando yo estudiaba en el liceo, era una activista en eso de las chuletas. Las matemáticas y la química las pasaba gracias a ellas... pero eso era en mi adolescencia. Ahora que soy una persona adulta y seria, eso de presentarme en un examen, y particularmente en una Inspectoría de Tránsito, “sin saber una papa”, me causaba una gran inquietud. El corazón me latía apresuradamente y un calambre en el estómago me impedía ingerir siquiera una taza de café. Las manos me sudaban y deseaba ardientemente no haberme metido nunca en este “lío”. Pero la curiosidad y la certeza de que también “este día” tendría su fin vencieron al rato mi indecisión.

Después de una espera que me parecía interminable, nos llamaron uno por uno. El cuarto en que nos hicieron pasar estaba lleno de escritorios ocupados por unas treinta personas. Era la “sala de examen”. De pronto se presentó un funcionario con sendos cuestionarios en la mano. Los repartió uno por uno y nos instó a que les echáramos un vistazo. Aparentemente no había “chuleta” posible porque los de mis vecinos eran diferentes al mío. ¡Qué preguntas tan interesantes había allí! Me hubiera gustado bastante contestarlas correctamente porque eran unos cuestionarios realmente bien hechos y creo que toda persona que agarre un volante debería conocerlas y, por ende, ninguno de nosotros las sabría contestar...

¡El hombre había mentido!, pensé yo. Había calumniado a los funcionarios de tránsito, ansioso tan solo de cobrar sus trescientos bolívares. A mí lo que me resta aquí es entregar las hojas de examen y confesar que no las sé responder...

De pronto, sentí que alguien estaba a mi lado y, al levantar la vista, vi al examinador. “Aquí va a poner esto, aquí esto y allá aquello”, me dijo rápidamente. Y mi pluma obedeció al instante, sin que yo hubiera salido aún de mi asombro. Lo cierto es que hizo lo mismo en todos los escritorios. Pregunta por pregunta, a lo largo de todo el “examen” señaló lo que había que responder a todos y cada uno de los “examinandos”. Media hora después, con la mayor tranquilidad, nos instó a que firmáramos “aquello” y recogió los formularios. “Esperen afuera el resultado del examen”, nos dijo con espectacular cinismo. Y “afuera” supimos que él mismo se encargaba de “calificar” las pruebas.

Una vez que supimos que habíamos “aprobado” el examen, nos tocó presentar la prueba práctica: una vuelta en el terreno del MOP. El primer arranque no me salió; el segundo tampoco. En el tercero, el carro salió volando en forma tal que, si hubiera estado en un lugar poblado, me hubiera

llevado una docena de personas por delante. Y, sin embargo, salí mejor que otro de mis compañeros de “estudio”, porque aquel no conocía siquiera las velocidades, y el examinador mismo (ahora otra persona) tuvo que conducir el carro personalmente. No obstante, todos aprobamos el examen...

Cuando todo hubo concluido, la persona que nos había llevado a la Inspectoría nos reunió y nos echó un discurso más o menos en los siguientes términos: “Ya ustedes están listos. Pero, como comprenderán, eso no fue propiamente un examen. Vamos a corresponder a la gentileza de los examinadores haciéndoles un regalo, que cada quien ponga lo que pueda”. Y los billetes hicieron su aparición como por arte de magia porque, después de todo, había que ir a recoger las licencias al día siguiente y no valía la pena exponerse a dificultades de última hora por no querer agradecer la “gentileza”.

Al día siguiente, todos estuvimos en posesión de nuestras respectivas licencias para manejar. Un tropel de cuarenta personas fuimos lanzadas ese día al torrente del tráfico, ignorantes de las leyes y los reglamentos, inexpertas en el manejo. Pero teníamos un flamante permiso para conducir vehículos, inobjetable desde el punto de vista legal, porque venía firmado, sellado y refrendado por las respectivas autoridades.

Yo me hago la siguiente pregunta: si de una sola auto-escuela salimos “graduadas” tantas personas, ¿cuántas no arrojarán todas las gestorías de Caracas? Cuando usted cruza la calle y confía en la pericia del conductor, ¿cuántos novatos estarán a su lado portando una licencia obtenida en la forma antes descrita? Y si, por desgracia, usted es atropellado, sobrarán los argumentos “irrefutables” de que usted se atravesó y de que el chofer cargaba los papeles en regla. Y si el atropellado es un niño, la inimputabilidad subirá de punto, porque ya se sabe lo imprudente que son los niños...

El exceso de velocidad y el alcohol son los factores generalmente señalados como causantes de los accidentes de tránsito. Yo no dudo de que sea así. Pero después de haber visto lo que vi, considero que es imposible que más de un centenar de personas lanzadas diariamente a la vorágine del tránsito caraqueño no tengan algo que ver con los accidentes de tránsito. Porque si un médico, para poder actuar, necesita conocer su oficio; si un abogado, para interpretar las leyes, debe aprobar verdaderos exámenes; si un bachiller no es tal si no demuestra dominar las respectivas materias... ¿cómo se puede ser indulgente con alguien que manejará una máquina que, al menor descuido, puede ocasionar la muerte?!

**Este libro se termino de imprimir en marzo de 2024**



Cuando Cruz fue confinado al Territorio Amazonas, Maja y sus primeros cuatro hijos se trasladaron a Puerto Ayacucho. Allí fundó una escuela de taquimecanografía y trabajó como corresponsal del diario *El Nacional*. A la caída de la dictadura, regresó junto con su esposo e hijos a Caracas. Durante los gobiernos de Rómulo Betancourt y Raúl Leoni, los allanamientos y las constantes persecuciones y los encarcelamientos seguían siendo moneda corriente.

Durante veintidós años, se desempeñó como jefa de los archivos de la Contraloría Municipal del por entonces Distrito Federal. Luego de su jubilación, colaboró con el suplemento dominical del diario *El Nacional* y publicó numerosos reportajes en el semanario *Tribuna Popular*.

Ya retirada, se dedicó a escribir sus memorias, publicadas por primera vez en 2001. Fue una incansable lectora en varios idiomas y una feliz abuela y bisabuela. Al momento de esta reedición, Maja ya tiene diecinueve nietos y catorce bisnietos. Falleció el 21 de agosto de 2010.



# *Maja,* *anecdotario*

*Maja Poljak de Villegas*

*Maja, anecdotario* recoge las memorias de Maja Poljak de Villegas, multifacética periodista y articulista de origen yugoslavo, radicada en Venezuela tras huir del nazismo. Las crónicas que presentan estas páginas son relatos cotidianos que ilustran su historia, su vida familiar, sus ocurrencias, su postura frente al mundo, su travesía trasatlántica, pero también las atrocidades y consecuencias del fascismo, y la amorosa integración a una nueva patria.

Originalmente publicado en 2001, presentamos la reedición de este libro en el marco del centenario del nacimiento de Maja, como un homenaje a su vida y a su figura, tanto familiar como pública. Esta segunda edición, ampliada y revisada, suma seis nuevas crónicas, hasta ahora inéditas, además de unas breves palabras de sus hijos e hijas.

Compañera, madre y militante, la vida de Maja refleja la particularidad de una historia familiar e íntima atravesada por diversos contextos de guerras, dictaduras y represiones, frente a los cuales siempre sostuvo una constante y activa lucha en favor de sus ideales de justicia social para los pueblos del mundo. Su pluma y su memoria son digno ejemplo de amor y resistencia.

DC2024000247

ISBN: 978-980-18-4095-4



9 789801 840954